

S U F R I R

N U N C A E S

E N V A N O



S U F R I R
N U N C A E S
E N V A N O



ELISABETH ELLIOT

BH
ESPAÑOL

NASHVILLE, TENNESSEE

Sufrir nunca es en vano

Copyright © 2020 por Elisabeth Elliot Gren

Todos los derechos reservados.

Derechos internacionales registrados.

B&H Publishing Group Nashville, TN 37234

Clasificación Decimal Dewey: 248.84

Clasifíquese: Fe / Sufrimiento / Discipulado

Publicado originalmente por B&H Publishing Group con el título *Suffering is Never for Nothing* © 2019 por Elisabeth Elliot.

El texto Bíblico ha sido tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia. Las citas bíblicas señaladas con «LBLA» son tomadas de LA BIBLIA DE LAS AMÉRICAS © Copyright 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. Las citas bíblicas señaladas con «TLA» son tomadas de Traducción en lenguaje actual. Copyright © Sociedades Bíblicas Unidas, 2000. Usadas con permiso. Las citas bíblicas señaladas con «RVA1989» son tomadas de la Santa Biblia versión Reina Valera Actualizada 1989. Copyright © Editorial Mundo Hispano. (Basada en la versión de 1909).

ISBN: 978-1-5359-8397-6

Impreso en EE. UU.

1 2 3 4 5 * 23 22 21 20

Contenido

Prólogo	vii
Prefacio de la editora.....	xi
Capítulo 1: La terrible verdad.....	1
Capítulo 2: El mensaje	19
Capítulo 3: Aceptación	39
Capítulo 4: Gratitud.....	57
Capítulo 5: Ofrenda	75
Capítulo 6: Transfiguración	91
Bibliografía	109



Prólogo

Durante siglos, hemos escuchado que «la sangre de los mártires es la simiente de la iglesia», y en verdad la sangre de Jim Elliot desbordó los tinteros en los que Elisabeth sumergió su pluma. Ella nos dio *palabras vigorizadoras de mártires* que inspiraron a generaciones de misioneros esforzados a llevar el evangelio a fúnebres junglas, desiertos y ciudades, tanto grandes como pequeñas. De igual modo, ella pronunció esas mismas palabras para inspirarnos, sobre todo cuando una ráfaga de sufrimiento golpea nuestra vida.

Me presentaron a Elisabeth Elliot por primera vez en 1965 cuando, en la escuela secundaria, leí su libro *Portales de esplendor*. En ese momento, no tenía idea de que, justo después de graduarme y de sufrir un accidente de buceo, entraría en esos valles oscuros sobre los cuales Elisabeth escribió. Más adelante, en 1976, me volví a encontrar con ella, cuando ambas fuimos oradoras en una conferencia en Canadá. Yo tenía solo 26 años, llevaba menos de una década como cuadripléjica y casi no podía creer que compartiera la misma plataforma con una mujer como ella, considerada una «santa de nuestros tiempos».

Una noche Elisabeth me visitó en mi habitación del hotel. Se sentó en el borde de mi cama, abrimos nuestros corazones y compartimos cómo Dios había permanecido tan fiel a nosotras a través de tanto sufrimiento. Ambas coincidimos en que nadie participa en el gozo de Dios sin antes probar las aflicciones de Su Hijo. Antes de irse, sonrió y señaló: «Sufrir nunca es en vano, Joni». Era una frase tan de ella, y creí entender lo que quiso decir. Después de todo, nueve años de cuadriplejía me hicieron tomar en serio el señorío de Cristo en mi vida; estos años perfeccionaron mi fe y me dieron un interés más profundo en la oración y la Palabra.

Incluso dos años después, escribí sobre estas cosas en un libro. ¡Me sentí complacida con mi lista de las 35 buenas razones bíblicas de por qué Dios permite la aflicción y lo que puedes aprender de ella! Le pregunté a Elisabeth si ella podría escribir una recomendación, y así lo hizo. Sin embargo, en su carta de presentación ella confesó que, aunque el libro era muy adecuado, era un poco técnico. Su comentario me hizo añicos. Fueron necesarios algunos años más de cuadriplejía, y la invasión del dolor crónico, para ayudarme a ver que el sufrimiento implicaba más (¡mucho más!) que aprender su trasfondo teológico y sus beneficios.

Elisabeth Elliot sabía que la madurez, el gozo y la satisfacción verdaderos tienen menos que ver con una evaluación mecánica del plan de Dios, y más que ver con ser empujados y, a veces, lanzados contra el pecho de nuestro Salvador. No consiste en una lista bien ordenada, sino en una lucha

ferviente con el ángel del Señor. Cuando la aflicción llega a diezmar, entonces comprendes la doctrina de Elisabeth: las respuestas de la Biblia nunca deben separarse del Dios de la Biblia. Esa gran verdad me guio a través de más de 50 años de parálisis, dolor y cáncer.

La manera categórica y totalmente sacrificada de Elisabeth de vivir la vida cristiana nos llena de vigor. Ella nos hizo ver que estamos en un campo de batalla cruel en el que las fuerzas más poderosas del universo convergen en la lid. Y enfrentamos con gusto ese desafío, totalmente energizados por la extraordinaria visión de esta mujer para la Iglesia. Su vida y sus escritos son alimento y bebida para aquellos a quienes Dios coloca sobre los altares de la aflicción.

Y ahora, con *Sufrir nunca es en vano*, tenemos otra colección de escritos nuevos y profundos de los que podemos nutrirnos. Afortunadamente, aunque nuestra amiga está ahora en el cielo, más de sus materiales se encuentran disponibles en estos momentos para animarnos en la batalla. El libro que tienes en tus manos es un portafolio nuevo y maravilloso que recoge las reflexiones de Elisabeth, y, mientras lees con detenimiento cada página, imagina a la autora mirando por encima de tu hombro desde las tribunas del cielo, animándote a abrazar al Señor Jesús en *tus* aflicciones.

Permite que nuestra amiga te muestre cómo el sufrimiento *nunca* es en vano. Medita sin prisa en la insondable sabiduría de esta mujer, ya que hay epifanías que aún han de aparecer en tu horizonte y que te mostrarán excelencias más radiantes de Jesús, y bellezas más sorprendentes de Su

Sufrir nunca es en vano

evangelio. Deja que las verdades eternas de este nuevo libro *te* animen. Considera bien sus palabras, y un día, cuando pasemos juntos por los portales del cielo, estos en verdad serán *esplendorosos*.

Joni Eareckson Tada
Centro Internacional sobre la Discapacidad Joni y Amigos
Primavera 2019

Prefacio de la editora

Elisabeth Elliot murió el 15 de junio del 2015, en su casa en Magnolia, Massachusetts. Al morir, ella llevaba muchos años padeciendo demencia y, sin duda, estaba lista para ir con el Salvador, sobre quien enseñó a tantos con gran fidelidad. Lo sé porque me enseñó a mí. No tuve la oportunidad de conocerla hasta el ocaso de su vida, cuando la demencia ya le había robado la voz, pero sus palabras siempre estarán grabadas en mi corazón y en mi mente.

Escucha el llamado de Dios a ser mujer y obedece ese llamado. Dedicar tus energías al servicio. Ya sea que tu servicio sea para tu esposo y, a través de él, y de la familia y el hogar, Dios te da la oportunidad de servir al mundo; o, si en la providencia de Dios debes permanecer soltera, para servir al mundo sin el consuelo del esposo, del hogar y de la familia, en ese servicio conocerás la plenitud de la vida, la plenitud de la libertad y (sé de lo que hablo) la plenitud del gozo.

Esa cita, tomada de *Let Me Be a Woman* [Dejadme ser mujer], es una de cientos que me han desafiado, animado, frustrado y guiado en mi caminar con Dios. Al no haber crecido en la iglesia, no supe de Elisabeth Elliot hasta que su estado de salud ya iba en decadencia y había dejado de publicar y de grabar su programa de radio. Fue mediante *Portales de esplendor* que yo entré en contacto por primera vez con su ministerio y en seguida quedé encantada con sus escritos.

Años más tarde, ya como editora, conocí a una amiga cercana. Elisabeth había discipulado a esta mujer durante varios años, y entre ellas se había desarrollado una amistad profunda, desde antes de su enfermedad. Esta amiga sabía que los libros de Elisabeth habían moldeado mi vida, y que yo había consumido todo el contenido de enseñanzas que tuve a mano, por lo que me envió un regalo que ha dado muchos frutos. Se trataba de un conjunto de seis discos compactos titulados «Sufrir nunca es en vano». Escuché estos CD y quedé asombrada. Pensé que no solo era el mejor contenido de todos sus materiales, sino que estaba entre los mejores contenidos didácticos que yo hubiera escuchado alguna vez de cualquier persona. Pude obtener algunas copias adicionales de los CD, que les regalé a varios amigos íntimos, y todos se mostraron también entusiasmados con la influencia que el contenido tuvo en sus vidas.

Pasaron los años y nunca dejé de pensar en cuán clara era la enseñanza sobre el sufrimiento que había escuchado en esos discos. Tenía la certeza de que del contenido saldría un libro extraordinario. Luego, en 2012, tuve la oportunidad

de viajar con nuestra mutua amiga, quien me había regalado los CD, junto a Elisabeth y su esposo, Lars Gren, a algunos eventos en Texas.

El estado de salud de Elisabeth distaba mucho de ser bueno, y ya no podía comunicarse verbalmente. Sin embargo, había momentos en los que podía ver la claridad de aquellos penetrantes ojos azules conectados con los míos; ella agarraba mi mano, intentaba hablar, y yo sabía que ella estaba allí y me entendía. Le conté cómo Dios la había usado en mi vida, y en las vidas de cientos de miles de mujeres jóvenes que nunca tendrían el privilegio de expresárselo como yo lo hacía en ese momento. Por un instante, me encontré llena de ira hacia Dios al verla luchar, tratando de comunicarse. No podía entender cómo Él permitiría que esta mujer increíble que le había dado tanto sufriera de esta manera.

Entonces escuché su voz en mi mente señalar: «La cruz es la puerta al gozo». ¿Y hubo un sufrimiento mayor que en la cruz? Me di cuenta de que el sufrimiento que estaba observando no era incompatible en modo alguno con el mensaje que ella había enseñado toda su vida. Ella sufrió mucho y siempre nos enseñó a través del sufrimiento. Terminó bien porque vivió bien.

Cuando este libro se publique, habrán transcurrido más de seis años después de ese viaje con ella y casi cuatro después de su muerte. Esta obra es una ligera adaptación de ese conjunto de discos compactos que recibí hace muchos años. Elisabeth impartió este material (nunca antes publicado en forma de libro) originalmente en una pequeña conferencia que constaba de seis sesiones. Yo edité solamente el contenido

que te permitirá, como lector del libro, no distraerte con referencias a «sesiones», «la lección de ayer» o cosas como referencias temporales que ya han cambiado. He puesto todo mi esfuerzo en mantener la voz clara e inconfundible de la mujer y la escritora.

Mi oración es que este libro vuelva a presentar el trabajo de Elisabeth Elliot a una nueva generación, al mismo tiempo que continúe profundizando las semillas que plantó en muchos de nosotros.

Finalmente, al volver a leer estas palabras, siento que ella no agradecería toda esta adoración por su persona, así que debo reconocer que Elisabeth Elliot, aunque talentosa y fiel, era una mujer como cualquier otra. Era imperfecta, pecadora; y no dudaba en admitirlo. Lo extraordinario en ella fue la luz de Cristo que brilló a través de todas las grietas que en ella se abrieron producto de las experiencias extraordinarias que padeció.

Pero nunca fue en vano.

Jennifer Lyell
Octubre de 2018

❖ Capítulo 1 ❖

La terrible verdad

Cuando me comunicaron que mi primer esposo, Jim, estaba desaparecido en territorio indígena de los aucas, el Señor me hizo recordar algunas palabras del profeta Isaías: «Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán...» (Isa. 43:2a). Oré en silencio: «Señor, que las aguas no me aneguen». Él me escuchó y me respondió.

Dos años más tarde, me fui a vivir con los indígenas que asesinaron a Jim. Dieciséis años después de eso y luego de regresar a Estados Unidos, me casé con un teólogo llamado Addison Leitch. Tres años y medio después, Addison murió de cáncer.

Por supuesto, he pasado por algunas cosas difíciles en mi vida, como tú en la tuya, y no puedo decirte que sé exactamente por lo que estás pasando, pero puedo afirmar que conozco a Aquel que sí sabe. He llegado a comprender que, a través del sufrimiento más profundo, Dios me ha enseñado las lecciones más profundas; y, si confiamos en Él para esto,

podemos llegar a tener la inquebrantable certidumbre de que Él tiene el control. Él tiene un propósito amoroso. Y Él puede transformar algo terrible en algo maravilloso. Sufrir nunca es en vano.

Cuando a C. S. Lewis le pidieron que escribiera un libro sobre el problema del dolor, él pidió permiso para escribirlo de forma anónima, algo que se le negó porque

Por supuesto, he pasado por algunas cosas difíciles en mi vida, como tú en la tuya, y no puedo decirte que sé exactamente por lo que estás pasando, pero puedo afirmar que conozco a Aquel que sí sabe.

He llegado a comprender que, a través del sufrimiento más profundo, Dios me ha enseñado las lecciones más profundas.

sería incongruente con esa serie de libros en particular. Y esto es lo que escribió en su prefacio: «Si decía lo que realmente pensaba sobre el dolor, me vería obligado a hacer afirmaciones que suponen tal fortaleza que resultarían ridículas si se supiera de quién provenían».¹ Yo me hago eco de esos sentimientos.

Cuando escucho historias de otras personas sobre sus propios sufrimientos, siento que no sé prácticamente nada sobre el tema. Yo estoy en el jardín de niños (para expresarlo de algún modo) en comparación con, por ejemplo, mi amiga Jan, que es cuadripléjica y yace acostada, sobre un costado o el otro, las 24 horas del día en una clínica en Connecticut. O mi amiga Judy Squires en California, que nació sin piernas. O mi difunto amigo Joe Bailey, que perdió tres hijos.

No obstante, si todo lo que supiera sobre el sufrimiento fuera solo mediante la observación, aún sería suficiente para decirme que nos enfrentamos a un enorme misterio. El sufrimiento es un misterio que ninguno de nosotros es capaz de sondear; y es un misterio sobre el cual estoy segura de que todos, en algún momento u otro, se han preguntado por qué. Si intentamos juntar el misterio del sufrimiento con la idea cristiana de un Dios que sabemos que nos ama, si lo pensamos durante solo cinco minutos, la noción de un Dios amoroso no puede deducirse de la evidencia que observamos a nuestro alrededor, y mucho menos de la experiencia humana.

Me gustaría regresar a mi propia crianza en el hogar. Crecí en Filadelfia, en el seno de un hogar cristiano muy vigoroso, donde mis padres eran lo que yo llamo «cristianos de los siete días de la semana». Encima de la campana de la puerta, teníamos una pequeña placa de bronce con las palabras «Cristo es la cabeza de esta casa, el invitado invisible en cada comida, el oyente silencioso de cada conversación». Nos enseñaron que Dios es amor y creo que uno de los primeros himnos que aprendimos fue esa cancioncita evangélica: «Cristo me ama, yo lo sé, pues la Biblia dice así».

Cuando yo tenía nueve años, vivía en un vecindario de 42 niños, pero tenía una amiga llamada Essie que vivía a unas seis cuadras de distancia. Essie y yo teníamos nueve años cuando ella murió. Cuando yo tenía quizás tres o cuatro años, tuvimos una invitada en nuestra casa que iba de camino a China como misionera. Su nombre era Betty Scott. Ella fue a China y se casó con su novio John Stam.

Unos pocos años más tarde, no estoy segura de la edad que tenía, quizás seis o siete años, mi padre llegó a casa una noche con un periódico donde decía que John y Betty Stam habían sido capturados por los comunistas chinos, los habían hecho caminar casi desnudos por las calles de un pueblo chino y luego los habían decapitado.

Te puedes imaginar la impresión que esto causó en la mente de una pequeña niña, si tomamos en cuenta el hecho de que Betty Stam se había sentado a la mesa a cenar con nosotros y nos había contado su testimonio antes de dirigirse a China. También recuerdo vívidamente las historias de los periódicos sobre el secuestro del bebé de Charles Lindbergh y que, cuando por las noches me iba a dormir, me imaginaba que veía una escalera aparecer en mi ventana. Mis padres, como no tenían idea de que yo estaba tan preocupada, no me explicaron que en realidad no había mucho peligro de que alguien estuviera interesado en secuestrar a una niña como yo, pues realmente estábamos muy lejos de ser una familia acaudalada.

Sin embargo, cuando era pequeña sí tuve algunas experiencias relacionadas con la muerte. Y, hace apenas unas semanas, para poner un ejemplo más reciente, algunos amigos míos y de mi esposo llamaron para decirnos que su pequeña hija de cuatro años, que nació con espina bífida, estaba muy bien. Pero la madre estaba embarazada y por varias razones le habían realizado algunas pruebas, las cuales revelaron que el bebé que ahora lleva en su vientre también tiene espina bífida. Por eso nos llamaron, solo para expresarnos que estaban sufriendo y que por favor orásemos por

ellos. Escuchar historias como esa es lo que me hace pensar que mi propia experiencia de sufrimiento es realmente muy pequeña.

Para todo individuo que piense, la pregunta es inevitable. ¿Dónde está Dios en todo esto? ¿Puedes mirar los datos y creer? Y es la pregunta que Iván Karamázov le hizo a Aliosha en la famosa novela de Dostoyevski, *Los hermanos Karamázov*, que narra la historia de una pequeña niña de cinco años.

Iván le expresó a su hermano, Aliosha:

Estos padres cultos sometieron a la pobre niña de cinco años a todas las torturas posibles. La golpearon, la azotaron, la patearon, sin saber ellos mismos por qué, hasta que todo su cuerpo no era más que moretones. La dejaban toda la noche en el retrete, con el pretexto de que ella no pedía a tiempo que se la sacara de la cama para llevarla allí a media noche (como si una niña de esta edad que está profundamente dormida pudiera solicitar estas cosas a tiempo), por lo que le embarraban la cara con su excremento y se lo hacían comer, ¡y fue su madre, su madre que la formó! ¡Y esta madre podía dormir mientras su pobre hija gemía toda la noche en ese vil lugar! ¿Puedes entender que una pequeña criatura que ni siquiera puede comprender lo que le están haciendo, en un lugar vil, en la oscuridad y el frío, se

golpea a sí misma en su pequeño pecho con su pequeño puño y llora con sus angustiadas, tiernas y dóciles lágrimas para que «el querido Dios» la proteja? ¿Puedes entender este absurdo, mi amigo y mi hermano, mi novato piadoso y humilde, puedes entender por qué se necesita y se crea un absurdo tal? [...] Por lo tanto, inmediatamente devuelvo mi boleto. Y es mi deber (solo por ser un hombre honesto) devolverlo con la mayor anticipación posible. Y esto es lo que ahora hago. No es que no acepte a Dios, Aliosha, simplemente con todo respeto le devuelvo el boleto [...]. Sé sincero, te lo pido; respóndeme esto: imagina que tú mismo estás construyendo el edificio del destino humano con el objetivo de al final hacer felices a las personas, de darles paz y descanso al fin. Sin embargo, para eso tienes que torturar inevitable e ineludiblemente a una pequeña criatura, a esa misma niña que se golpeaba el pecho con su puño pequeño, y levantar tu edificio sobre el fundamento de sus lágrimas no correspondidas: ¿aceptarías ser el arquitecto en tales condiciones? Dime la verdad.²

Y lo que quiero compartir con ustedes es lo que veo como la verdad desnuda, sin evasiones y sin banalidades sosegadas y monótonas. Tengo algo muy reciente en mi mente, fue justo esta semana, una imagen que vi en la revista *Time* de

un bebé recién nacido llorando inconsolable, cuya madre era una adicta al *crack*. El solo ver esa imagen desarticuló en mi mente, por así decirlo, todo lo que pensaba compartir con ustedes en esta serie.

Ayer iba sentada en el avión junto a una mujer que estaba leyendo un libro llamado *Master of Life Manual* [El manual del amo de la vida], el cual, según la portada, trataba sobre la metafísica, la conciencia mente-cerebro, los principios del potencial humano y esta sorprendente afirmación: «Crea tu propia realidad ahora». Yo pensé que odiaría caer tan bajo como para tener que crear mi propia realidad frente a los datos de la experiencia humana.

Entonces, yo haría la pregunta: ¿hay alguna razón para creer que el sufrimiento no es en vano? ¿Existe un propósito eterno y perfectamente amoroso detrás de todo esto? Si lo hay, no es evidente; no salta a la vista. Sin embargo, durante miles de años y frente a estas realidades asombrosas (esta terrible verdad), la gente ha creído que existe un Dios amoroso y que Él observa estas realidades que nos rodean y aún nos ama. Si estas personas aún insisten en que Dios sabe lo que está haciendo, que tiene el mundo entero en Sus manos, entonces repito: la razón no puede ser obvia. No se puede deber a que esos miles de personas eran sordas, ciegas o estúpidas e incapaces de ver con claridad y constancia los datos que tú y yo tenemos que mirar constantemente. ¿Cuál es la respuesta?

F. W. H. Myers, en su poema *San Pablo*, escribió estas palabras: «¿No existe un mal demasiado amargo que expiar? ¿Cuáles son estos años desesperados y escondidos? ¿No has

oído gemir a toda tu creación, los suspiros de los esclavos y las lágrimas de una mujer?».³ La respuesta no es evidente. Debe haber una explicación en alguna parte. Y mi propósito es tratar de llegar a la explicación y luego ver si hay algo que tú y yo podamos hacer con respecto a esta cuestión del sufrimiento. Estoy convencida de que en esta vida hay muchas cosas respecto sobre las cuales no podemos hacer realmente nada, pero con las cuales Dios quiere que hagamos algo. Y espero que, para cuando concluya, me haya expresado con claridad.

Ahora, la palabra *sufrimiento* puede parecer muy elevada y quizás demasiado solemne para nuestros problemas de hoy. Yo miro a esta audiencia a la que le estoy impartiendo este contenido y no conozco a ninguna persona aquí. Tampoco

Estoy convencida de que en esta vida hay muchas cosas respecto sobre las cuales no podemos hacer realmente nada, pero con las cuales Dios quiere que hagamos algo.

tengo idea de quién podría recibir este contenido en el futuro de alguna forma u otra; pero, si te conociera y conociera tus historias, sabría que no hay manera de poder hablar de manera personal a cada necesidad que hay aquí ni a cada tipo de sufrimiento. Además, estoy bastante segura de que habrá algunas personas aquí en esta noche que dirían: «Bueno, realmente no

conozco nada parecido al sufrimiento. Nunca he sufrido como Joni Eareckson o Jo Bailey, o incluso Elisabeth Elliot». Y, por supuesto, tienen razón en esto. Y, si yo conociera tu historia, podría afirmar lo mismo. Podría decir: «Bueno, nunca he pasado por algo así».

Por lo tanto, quiero darles una definición de sufrimiento que cubrirá toda la gama desde cuando la lavadora se desborda o cuando tu jefe viene a cenar por la noche y el asado se te quema; todas esas cosas por las cuales nuestra reacción humana inmediata es: «¡Ay, no!». Desde ese tipo de banalidades, relativamente hablando, hasta que a tu esposo le descubran un cáncer, que tu hijo tenga espina bífida, o tú, tú misma, acabes de perderlo todo. Creo que estarás de acuerdo en que la definición que te daré cubrirá toda esa gama.

Las cosas que voy a intentar decirte se aplicarán a las cosas pequeñas, esas cosas a veces ridículamente pequeñas, por las cuales, si te pareces un poco a mí, te enojas y pierdes la compostura, esas cosas que distan muchísimo de las cosas grandes. Y aquí va mi definición de sufrimiento: «El sufrimiento es tener lo que no quieres o querer lo que no tienes». Creo que eso lo abarca todo.

Ahora, ¿puedes imaginar un mundo, por ejemplo, en el que nadie tuviera nada que no quisiera: ni dolores de muelas, ni impuestos, ni familiares susceptibles, ni embotellamientos? O, por el contrario, ¿puedes imaginar un mundo en el que todos tuvieran todo lo que quisieran: clima perfecto, esposa perfecta, esposo perfecto, salud perfecta, puntuaciones perfectas, felicidad perfecta?

Malcolm Muggeridge expresó: «En caso de que pudieras eliminar el sufrimiento, el mundo sería un lugar horrible porque con él desaparecería todo lo que corrige la tendencia del hombre a sentirse demasiado importante y demasiado complacido consigo mismo. El ser humano ya es suficientemente malo, pero sería absolutamente intolerable si nunca

sufriera».⁴ Muggeridge llega al centro de lo que yo quiero transmitir. Sufrir nunca es en vano.

Ahora, ¿cómo lo sé? Las cosas más profundas que he aprendido en mi propia vida provienen del sufrimiento más profundo; de las aguas más hondas y de los fuegos más violentos, han surgido las cosas más insondables que conozco sobre Dios. Me imagino que la mayoría de ustedes señalarían exactamente lo mismo. Yo añadiría esto: que los dones más grandes de mi vida también han acarreado los más grandes sufrimientos. Hablo de los dones más preciados de

Las cosas más profundas que he aprendido en mi propia vida provienen del sufrimiento más profundo; de las aguas más hondas y de los fuegos más violentos han surgido las cosas más insondables que conozco sobre Dios.

mi vida: el matrimonio y la maternidad. Y recordemos siempre que, si no queremos sufrir, debemos tener mucho cuidado de no amar nada ni a nadie. Los dones del amor han sido los dones del sufrimiento. Estas dos cosas son inseparables.

Ahora te hablo no como R. C. Sproul, que es teólogo y erudito. Te hablo no como alguien que simplemente se ha mantenido al margen y ha meditado sobre estas cosas, sino como alguien en cuya vida Dios se ha asegurado de que haya experimentado cierto sufrimiento, cierto dolor. Y ha sido mediante ese dolor que ha surgido la inquebrantable convicción de que Dios es amor.

Cuando mi pequeña hija, Valerie, tenía dos años, ya hacía más de un año que su padre había muerto. Yo estaba empezando a enseñarle cosas como el Salmo 23. «Jehová es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma...» (Sal. 23:1-3a). Todavía puedo escuchar esa delicada vocecita de bebé decir: «Junto a aguas de reposo me pastoreará». Cuando la oí pronunciar esa frase otra vez (pues todavía tengo una cinta de ella recitando el salmo), yo pensé: *¿De dónde sacó esa extraña entonación?*, y me di cuenta de que provenía de su madre, que la adiestraba palabra por palabra. Ella solía decir: «Junto a aguas de reposo...», y yo añadía: «Me pastoreará». Y ella repetía: «Me pastoreará». Como sea, ella lo aprendió.

También le enseñaba el Salmo 91, uno de mis favoritos: «El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente. Diré yo a Jehová: Esperanza mía, y castillo mío; mi Dios, en quien confiaré. Él te librára del lazo del cazador, de la peste destructora. Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas estarás seguro; escudo y adarga es su verdad. No temerás el terror nocturno, ni saeta que vuele de día, ni pestilencia que ande en oscuridad, ni mortandad que en medio del día destruya. Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; mas a ti no llegará» (Sal. 91:1-7).

Ahora quiero que pienses cómo una madre, viuda, trata de enseñarle a su hijita, cuyo padre fue asesinado por un grupo de

*Los dones más grandes
de mi vida también han
acarreado los más grandes
sufrimientos.*

indígenas salvajes que pensaron que él era un caníbal, lo que este salmo significa, lo que significan las palabras de la Escritura. Ella aprendió que «Cristo me ama, yo lo sé...» no porque mataron a su papá. Ella no lo sabía de esa manera. Más bien, «Cristo me ama yo lo sé, pues la *Biblia* dice así». Ella aprendió a cantar «Dios cuidará de mí», y ¿cómo iba a explicarle que caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; mas a ti no llegará?

Te digo esto porque tal vez te ayude a entender que, debido a las circunstancias de mi propia vida, me he visto obligada a procurar llegar al fundamento mismo de la fe, a esas cosas que son infrangibles e inquebrantables. Dios es mi refugio. ¿Fue Él el refugio de Jim? ¿Fue Él su fortaleza? La noche antes de que esos cinco hombres penetran en el territorio waorani y de que estos indígenas los asesinaran, ellos cantaron: «Descansamos en ti, nuestro Escudo y nuestro Defensor». ¿Qué hace tu fe con la ironía de esas palabras?

De este lado del cielo, no habría satisfacción intelectual para la pregunta milenaria ¿por qué? Aunque no he encontrado satisfacción intelectual, he encontrado paz. La respuesta que te doy no es una explicación, sino una persona: Jesucristo, mi Señor y mi Dios. Como mencioné al principio de este capítulo, cuando me di cuenta de que mi esposo había desaparecido y no supe hasta pasados otros cinco días que estaba muerto, las palabras que Dios me dio eran de Isaías, el capítulo 43: «Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti. Porque yo Jehová, Dios tuyo, el Santo de Israel, soy tu Salvador...» (Isa. 43:2-3a).

Entonces, comprendí que Dios no me estaba diciendo que todo iba a estar bien, humanamente hablando, que Él iba a preservar la vida de mi esposo y me lo devolvería, sino que Él me estaba dando una promesa inequívoca: «Yo estaré contigo. Porque Yo soy el Señor tu Dios». Él es el que me amó y se entregó a sí mismo por mí.

Y ese desafío que Iván Karamázov le hizo a su hermano, Aliosha, se hizo eco de un desafío lanzado miles de años atrás, el desafío hecho a Jesús cuando colgaba en la cruz. *Tú que destruirías el templo y lo levantarías en tres días, sálvate a ti mismo. Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz.* Y recuerdas cómo luego la elite religiosa se mofaba de Él con palabras acusatorias. *A otros salvó. A sí mismo no se puede salvar. Él confía en Dios. Líbrele Dios ahora. Él hace milagros; que nos lo demuestre ahora porque aseguró Yo soy el Hijo de Dios.*

Y así, regresamos de nuevo a la terrible verdad de que hay sufrimiento. La pregunta sigue en pie: ¿le presta Dios atención al sufrimiento? Si es así, ¿por qué no hace algo? Yo digo que Él sí hizo algo, Él está haciendo algo y Él hará algo.

Solo mediante la cruz podemos abordar este tema. Esa cruz vieja y tosca, tan despreciada por el mundo. Lo peor que haya sucedido jamás en la historia de la humanidad resultó ser lo mejor porque me salvó a mí. Salva al mundo. Y, de esta manera, el amor de Dios, representado y demostrado al dar a Su Hijo Jesús para que muriera en la cruz, se ha unido armónicamente con el sufrimiento.

¿Comprendes? Esta es la *crux* del asunto. Y aquellos de ustedes que han estudiado latín pueden recordar que la palabra *crux* es la palabra latina para cruz, es decir, la esencial del

*Los dones del amor
han sido los dones del
sufrimiento. Estas dos cosas
son inseparables.*

asunto. Solo en la cruz podemos comenzar a armonizar esta aparente contradicción entre sufrimiento y amor. Nunca entenderemos el sufrimiento a menos que entendamos el amor de Dios.

Debemos comprender las cosas en dos niveles diferentes. En la Escritura, nos encontramos una y otra vez lo que parecen ser paradojas auténticas porque se está hablando de dos reinos diferentes. Se habla de este mundo visible y de un Reino invisible en el que los hechos de este mundo son interpretados.

Tomemos como ejemplo las Bienaventuranzas, esas maravillosas declaraciones paradójicas que Jesús pronunció a las multitudes cuando les predicaba en la montaña. Él expresó cosas muy extrañas como esta: cuán felices son los que saben lo que significa el dolor. Felices son los que no reclaman nada. Felices son los que han sufrido persecución. Tendrás gran felicidad cuando la gente te culpe y te trate mal y diga todo tipo de cosas difamatorias contra ti. Alégrate entonces, sí, alégrate muchísimo.

¿Tiene esto algún sentido? No, a menos que comprendas que hay dos reinos: el reino de este mundo y el reino de un mundo invisible. Y el apóstol Pablo entendió la diferencia cuando hizo esta declaración asombrosa: *Ahora mi felicidad es sufrir por Ti, mi felicidad es sufrir*. Parece una tontería, ¿no es

así? Sin embargo, esta es la Palabra de Dios. Janet Erskine Stuart expresó: «El gozo no es la ausencia de sufrimiento, sino la presencia de Dios».⁵

Es lo que el salmista encontró en el valle de sombra de muerte. Recuerda que él señaló: «No temeré mal alguno». El salmista no era tan ingenuo como para afirmar: *No temeré al mal porque no hay mal*. Lo hay. Vivimos en un mundo malvado, quebrantado, retorcido, caído, distorsionado. ¿Qué dijo el salmista? «No temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento».

Cuando estaba pegada a mi radio de onda corta en la jungla de Ecuador en 1956 y escuché que mi esposo había desaparecido, Dios me recordó las palabras del profeta Isaías: «Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo...». Como podrás imaginar, mi respuesta no fue muy espiritual que digamos. Expresé: *Pero Señor, Tú estás conmigo todo el tiempo, lo que quiero es a Jim. Quiero a mi esposo*. Llevábamos 27 meses de casados después de esperar cinco años y medio.

Cinco días después supe que Jim estaba muerto. La presencia de Dios conmigo no era la presencia de Jim, y eso fue un hecho terrible. La presencia de Dios no cambió el terrible hecho de haber quedado viuda, y pensaba quedar viuda hasta que muriera porque creía un milagro haberme casado aquella primera vez. No podía imaginarme que alguna vez me casaría por segunda vez, y mucho menos por tercera. La presencia de Dios no cambió el hecho de mi viudez. La ausencia de Jim me empujó, me forzó, me llevó a Dios, mi esperanza y mi único refugio.

En esa experiencia aprendí quién es Dios, y de una manera que nunca podría haber aprendido de otro modo. Y así puedo decirte que el sufrimiento es un medio insustituible a través del cual aprendí una verdad indispensable. Yo soy. Yo soy el Señor. En otras palabras, Dios es Dios. Bueno, todavía quiero volver a preguntar: «Pero Señor, ¿y qué de esos bebés? ¿Qué pasa con ese niño pequeño con espina bífida? ¿Qué pasa con los bebés que nacen con discapacidades horribles, con un sufrimiento terrible porque sus madres consumían cocaína, heroína o alcohol? ¿Qué pasa con mi terrier escocés, McDuff, que murió de cáncer a los seis años? ¿Qué pasa con el bebé Lindbergh y los Stams que fueron decapitados? ¿Qué pasa con todo eso?».

Yo no puedo responder tus preguntas, ni siquiera las mías, excepto a través de las palabras de la Escritura, estas palabras del apóstol Pablo, quien conoció el poder de la cruz de Jesús. Esto es lo que escribió: «Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse. Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios» (Rom. 8:18-19). Fueron víctimas de la frustración: todos esos animales, todos aquellos bebés que no tienen culpa alguna, víctimas de la frustración, no por elección propia, sino por quien así lo hizo; pero siempre había esperanza. Y esta es la parte que me ofrece un consuelo inconmensurable: el universo mismo ha de ser liberado de las cadenas de la mortalidad y entrará en la libertad y el esplendor de los hijos de Dios.

¿De dónde proviene esta idea de un Dios amoroso? No es una deducción. No es que el hombre desea tan desesperadamente a un dios que llega a fabricarlo en su mente. Es Él quien fue la Palabra desde antes de la fundación del mundo, quien sufrió como un cordero sacrificado. Y Él tiene muchas cosas reservadas, de las cuales tú y yo ahora no tenemos la menor idea. Él nos ha dicho suficiente para que sepamos que sufrir nunca es en vano.



*El sufrimiento es un medio
insustituible a través del cual aprendí
una verdad indispensable.*



❖ Capítulo 2 ❖

El mensaje

Considero que el sufrimiento es una de las maneras que Dios utiliza para captar nuestra atención. De hecho, C. S. Lewis señaló: «Dios nos susurra en nuestros placeres, nos habla en nuestra conciencia, pero nos grita en nuestros dolores: es su megáfono para despertar a un mundo sordo». ⁶ Me gustaría que pensáramos en algunas de las cosas que Dios necesita decirnos, por las cuales Él necesita captar nuestra atención. En primer lugar, me resulta interesante, y creo que es de gran importancia, que, según se conoce, el libro más antiguo de la Biblia es el Libro de Job. De todos los libros en la Escritura, este es el que trata el tema del sufrimiento más específicamente y sin rodeos. Recuerda que de Job se señalaba que era un hombre perfecto y recto. Dios mismo resaltó estas cualidades en Job, lo cual es significativo porque, respecto a la moralidad, en aquellos días el pensamiento dominante era que un hombre bueno sería bendecido y un hombre malo sería castigado, por lo que la experiencia de Job pareció revolucionar este concepto.

Job lo perdió todo. Sus diez hijos murieron en un tormenta, y la inmensa cantidad de animales que poseía le fue arrebatada. En esencia, su hogar fue destruido. Este hombre que gozaba de gran estima, que era muy rico sin lugar a dudas, perdió todo lo que representaba riqueza y bendición. Sin embargo, la destrucción no se acabó allí. Su cuerpo físico también padeció dolorosas llagas y una desfiguración tan grande que algunos de sus amigos más cercanos no pudieron reconocerlo. Todo esto sucedió y Job no supo por qué. Quizás recuerdas que detrás de esta escena hubo un drama sobre el cual, por lo que sabemos, a Job nunca se le dio una pista y sobre el que Satanás desafió a Dios en el cielo. Él señaló: «Por supuesto que Job confía en ti, ¿pero lo hace desinteresadamente? Quítale todas esas bendiciones y verás a dónde va a parar su fe». Dios aceptó el reto de Satanás. Y aquí tenemos un misterio que ni siquiera podemos empezar a explicar. De hecho, fue Dios quien llamó la atención de Satanás sobre ese individuo, Job, y le dio permiso para despojarlo de todas sus cosas y sus seres amados.

De esta manera perdió Job todos sus animales, sus sirvientes, sus hijos y su casa y, por último, incluso la confianza de su mujer. Job se sentó sobre un montón de cenizas, con su salud ya muy afectada en ese momento, y se rascaba con un pedazo de teja; en total angustia y miseria, se mantuvo en silencio durante siete días mientras sus amigos (como se los llamaba, los que aparentemente lo habían sido en los tiempos buenos) se sentaron allí y tampoco pronunciaron palabra durante siete días. Cuando Job finalmente rompió el silencio, lanzó alaridos de quejas a Dios.

Es posible que a menudo escuchemos hablar sobre la paciencia de Job; pero, si lees este libro, realmente no encontrarás mucha evidencia de tal paciencia. Sin embargo, él nunca dudó de la existencia de Dios, aunque manifestó algunas de las peores cosas que se podrían decir sobre Él. ¿No es interesante que el Espíritu de Dios haya preservado esas cosas para ti y para mí? Dios es lo suficientemente grande como para recibir toda crítica que podamos lanzarle. Incluso se encargó de que los alaridos y quejas de Job se conservaran de manera explícita para enseñarnos. Por eso, nunca dudes en expresar a Dios lo que en realidad sientes porque recuerda que Dios sabe lo que piensas antes de que tú lo sepas y ciertamente sabe lo que vas a decir antes de que lo pienses.

Entonces, podemos mirar algunas muestras de estas cosas horribles que este hombre paciente, Job, le dijo a Dios. ¿Qué te parece Job capítulo 3, versículos 11 y 20? Él pregunta: «¿Por qué no morí yo en la matriz, o expiré al salir del vientre? [...] ¿Por qué se da luz al trabajado y vida a los de ánimo amargado?». ¿Por qué se da la vida a los hombres que en ella encuentran tanta amargura?

Aquí ves a Job dialogando con Dios. A lo largo de todo este libro, podemos ver que en la mente de Job no hay duda sobre la existencia de Dios; sabe que sus circunstancias han de ser conciliadas con Él. Detrás de todo esto hay alguien, afirma Job. Y la pregunta «por qué» supone que hay una razón, que hay una intención detrás de todo lo que puede parecer ser un sufrimiento sin sentido. Nunca preguntaríamos por qué si realmente creemos que todo el universo fue un

accidente y que tú y yo estamos por completo a merced del azar. La pregunta «por qué» en sí misma, incluso si alguien que se llama a sí mismo incrédulo o ateo nos la formula, constituye una evidencia inequívoca de que en el fondo de cada mente humana existe esa sospecha furtiva de que hay alguien, alguna razón, algún individuo racional detrás de esto.

Luego, en el capítulo 10, Job se dirige a Dios directamente y le pregunta: «¿No puedes quitarme la vista de encima? ¿No me dejarás en paz el tiempo suficiente para tragar mi saliva? Tú me formaste y me hiciste; ahora te has vuelto para destruirme. Me amasaste como arcilla y ahora me muelas hasta convertirme en polvo». ¿Te has sentido alguien alguna vez así? ¿Te identificas con esto? Dios me

está haciendo polvo; ni siquiera me da la oportunidad de tragar la saliva.

*Nunca preguntaríamos por
qué si realmente creemos
que todo el universo fue
un accidente y que tú y yo
estamos por completo a
merced del azar.*

Pero ¿qué pasa con esos amigos que eran tan religiosos? Bueno, ellos nunca pronuncian una palabra que no sea teológicamente sensata, pues comprenden los caminos de Dios. Comienzan a acusarlo de tener vana sabiduría,

de tener el vientre lleno de viento solano, afirman. Job no tiene temor alguno de Dios y se lamenta contra el Todopoderoso, acusándolo con la vista en el suelo como un toro furioso.

Cuando Job llama charlatán a Elifaz, esto es, ya sabes, como diciéndole: «Mira quién habla». Pero sus amigos y

enemigos, afirma Job, no le llegan ni a la suela de los zapatos a Dios, pues «Próspero estaba, y me desmenuzó; me arrebató por la cerviz y me despedazó, y me puso por blanco suyo. Me rodearon sus flecheros, partió mis riñones, y no perdonó; mi hiel derramó por tierra» (Job 16:12-13). Ahora, ¿puedes superar eso cuando estás recriminando a Dios porque el sufrimiento te ha quebrantado el corazón? ¿Te atreverías a pronunciar esas cosas en voz alta?

Y luego Job le hace una pregunta tras otra a Dios, pregunta tras pregunta. En un momento afirma que, si le hiciera mil preguntas a Dios, Él no respondería ni siquiera una de ellas. Y tenía razón. Recuerda que, cuando Dios finalmente rompe Su silencio, no responde una sola pregunta. La respuesta de Dios a las preguntas de Job es un misterio. En otras palabras, Dios responde al misterio de Job con el misterio de sí mismo.

Y Él comienza acribillando al pobre Job con preguntas. ¿Dónde estabas cuando puse los cimientos de la tierra? ¿Quién colocó la piedra angular cuando las estrellas de la mañana cantaban juntas? ¿Has visto los tesoros de la nieve? ¿Quién encerró con puertas el mar? ¿Has caminado en el gran abismo? ¿Has mandado tú a la mañana en tus días? ¿Has mostrado al alba su lugar? ¿Miraste tú las ciervas cuando están pariendo? Dime, ¿por dónde se va a la morada de la luz? Y Dios sigue, una y otra vez; una pregunta tras otra.

*Dios responde al misterio
de Job con el misterio
de sí mismo.*

Por supuesto, Él sabe las respuestas a estas preguntas y sabe que Job ciertamente no puede responderlas. Dios le está revelando a Job quién es Él. A través de mis propios problemas y sufrimientos, Dios no me ha dado explicaciones, pero Él ha venido a mi encuentro como persona, como individuo, y eso es lo que necesitamos. ¿Quién de nosotros, cuando atravesamos el peor momento de nuestra vida, no necesita compañía más que cualquier otra cosa? Tal vez, alguien que se siente en silencio, pero que esté con nosotros. Job nunca niega la existencia de Dios; nunca imagina que Dios no tiene nada que ver con sus problemas, pero él tiene mil preguntas; y nosotros también.



Puede parecer una transición extraña, pero este es un buen momento para contarte una o dos historias que datan de mi primer año como misionera. Yo consideraba que estaba muy bien preparada para ser misionera. Como ya mencioné, provengo de un hogar cristiano sólido. Mis padres también fueron misioneros. Y tuvimos docenas, probablemente cientos de misioneros que se hospedaron en nuestra casa. Teníamos una habitación de invitados que siempre parecía estar ocupada. Había maletas que subían y bajaban por las escaleras todo el tiempo. Y entre mis

primeros recuerdos tengo muchas muchas historias de misioneros que fueron relatadas en nuestra propia mesa.

Asistí a una escuela para hijos de misioneros y escuché miles de charlas misioneras. Miré decenas de miles de diapositivas de mala calidad que mostraban imágenes de iglesias, bautismos y escuelas bíblicas de verano; eran fotos granuladas, generalmente indistinguibles. Viví, comí, respiré y bebí misiones, y me convertí en misionera, al igual que cuatro de mis otros hermanos, incluyendo a mi hermana. Éramos seis de familia: cinco de nosotros llegamos a ser misioneros de una forma u otra, y el sexto es profesor en una universidad cristiana.

Pensé que como misionera yo era probablemente un regalo de Dios para las misiones, pues contaba con todo este trasfondo. Fui a una escuela bíblica y realicé un trabajo misionero local en la Misión Canadiense de la Escuela Dominical. En pocas palabras, lo tenía todo. Sin embargo, dentro del primer año, Dios consideró oportuno asestar tres golpes contundentes contra lo que yo pensaba que era una fe sumamente bien fundamentada y desarrollada.

El primero de estos golpes llegó cuando intentaba aprender una lengua indígena no escrita, en la selva occidental de Ecuador, el idioma de la tribu colorado. Esta era una tribu muy pequeña que nunca había desarrollado la escritura, y por lo tanto no tenían nada de la Biblia en su idioma. Yo había orado para que Dios me diera un informante, alguien que estuviera dispuesto a sentarse conmigo y repetir una y otra vez lo que para él era el lenguaje más fácil del mundo. Sabía que este informante necesitaría tener la paciencia para lidiar con esta extranjera aparentemente ignorante.

Dios contestó mi oración al enviarme a un hombre llamado Macadao, que era bilingüe, lo cual era una ventaja enorme. Hablaba español y colorado. Esto era importante, pues yo había aprendido español como el idioma nacional del país. Durante unos dos meses, trabajamos juntos y muy felices. Una mañana estaba de rodillas en mi habitación, como era mi costumbre, leyendo la Biblia y orando. Y justo estaba leyendo las siguientes palabras en el cuarto capítulo de 1 Pedro: «Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese» (1 Ped. 4:12). Y en ese preciso momento oí disparos.

No era inusual escuchar disparos en ese claro específico de la selva. Estábamos rodeados de indígenas que cazaban con armas compradas a los blancos. Y en ese claro vivía gente blanca que cazaba también, por lo que a menudo escuchábamos disparos. Sin embargo, a estos disparos en particular les siguieron gritos y algarabía, el galope de caballos y gente corriendo, y un caos total.

Entonces, salí corriendo y me enteré de que Macadao acababa de ser asesinado. Ahora, sería muy bueno si pudiera contarte que encontré otro informante con bastante facilidad; pero en verdad Macadao era literalmente la única persona en el mundo capaz de hacer el trabajo que había estado haciendo conmigo. Nadie más sabía español y colorado.

Así, por primera vez en mi experiencia personal, me enfrenté con ese horrible «por qué». Al igual que Job, no dudé ni por un segundo que Dios estuviera allí, que Dios sabía lo que estaba haciendo; pero no podía imaginar lo que Él podría tener en mente. Y la respuesta de Dios a mi

pregunta fue: «Confía en mí». Sin explicaciones. Solo *confía en mí*. Ese fue el mensaje.

Si mi fe se hubiera caracterizado por la determinación de que Dios tenía que darme una cierta respuesta a mis oraciones específicas, esa fe se habría desintegrado. No obstante, mi fe tenía que estar fundamentada en el carácter mismo de Dios. Y así lo que parecía una contradicción: Dios me ama; Dios deja que me pase algo horrible... Lo que parecía una contradicción en términos, tenía que dejarlo en las manos de Dios y decir: «Está bien, Señor». No lo entiendo. No me gusta. Pero solo tenía dos opciones: Él es Dios o no lo es. Descanso en brazos eternos o quedo a merced del azar; confío en Él o lo niego. ¿Hay algún término medio? No lo creo.

Pensé en Daniel en el foso de los leones. Recuerdo el cuadro que teníamos en la pared de nuestra casa; era una pintura. Cuando era niña, yo a menudo miraba esa pintura. Daniel está de pie en el foso de los leones. En su rostro hay un

*Descanso en los brazos
eternos o quedo a merced
del azar; confío en
Él o lo niego.*

resplandor, y su postura es erguida con las manos detrás de la espalda. Y solo muy débilmente en la oscuridad puedes ver el brillo en los ojos de aquellos leones hambrientos.

Comprendí que la pintura me indicaba que aquí hay un hombre cuya fe descansa en el carácter de Dios. Ahora, por supuesto, cuando era niña no lo habría expresado en esos términos; pero ese cuadro me comunicó muchísimo. Dios estaba allí en el foso. Él no evitó que Daniel entrara en el

foso, como tampoco que los hermanos celosos de José lo arrojaran en aquel pozo, ni que tiempo después lo echaran en la cárcel, como también ocurrió con Pablo, Silas, Pedro y muchas otras personas en la Escritura, incluso con Juan el Bautista, a quien le cortaron la cabeza.

Fue necesario que Sadrac, Mesac y Abed-nego fueran echados al horno de fuego porque Dios tenía un mensaje no solo para ellos tres, sino también para el rey, ¿recuerdas? Él preguntó: «¿El Dios a quien sirves ha podido librarte?». Recuerda su desafío antes de arrojarlos al horno: «... ¿y qué dios será aquel que os libre de mis manos?» (Dan. 3:15b). Y luego llegan esas resonantes palabras de fe: «He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librá. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado» (Dan. 3:17-18). Y si no...

Esa es la lección que a todos nos debe llegar en algún momento de nuestras vidas. Cada uno de nosotros, estoy segura, tarde o temprano, tenemos que enfrentar esta

dolorosa pregunta: «¿Por qué?». Y Dios está diciendo: «Confía en mí». Si tus oraciones no son contestadas de la manera que pensabas que debía ocurrir, ¿qué pasa con tu fe? El mundo afirma que Dios no te ama. La Escritura me plantea algo muy diferente. Esos «bienaventurados» del Sermón

Si tus oraciones no son contestadas de la manera que pensabas que debía ocurrir, ¿qué pasa con tu fe? El mundo afirma que Dios no te ama. La Escritura me plantea algo muy diferente.

del monte. Las palabras de Pablo cuando afirma que su gozo es padecer por Él.

No sabemos la respuesta. Sin embargo, sabemos que esta se encuentra en lo profundo del misterio de la libertad de elegir. Cuando Dios creó al hombre, Adán y Eva, los creó con la libertad de elegir amarlo o desafiarlo; y ellos eligieron desafiarlo. Adán y Eva abusaron de esa libertad. C. S. Lewis, en su libro *El problema del dolor*, señala: «El hombre es ahora algo horroroso para Dios y para él mismo, y es una criatura mal adaptada al universo no porque Dios la hiciera así, sino porque él mismo se ha vuelto de ese modo, debido al abuso de su libre albedrío». ⁷ Lewis más adelante plantea este problema complejo en su forma más sencilla: «Si Dios fuera bueno, desearía que Sus criaturas fueran perfectamente felices, y si fuera todopoderoso sería capaz de hacer aquello que desea. Por lo tanto, Dios carece de bondad o poder, o de ambas facultades». ⁸

Entonces, la respuesta a esta pregunta depende de nuestra definición de lo que es bueno. Los antiguos consideraban la bondad en términos morales. El hombre moderno equipara el bien con la felicidad. Si no es divertido, no es bueno. Ambas cosas casi parecen excluirse mutuamente. La frase también la invierten: si es bueno, no es divertido. Recientemente vi un comercial dedicado a un tipo de cereal en el que dos niños pequeños han escuchado que es natural y que es bueno para ti. Entonces, dijeron: «Bueno, vamos a hacer que él lo pruebe. Él come cualquier cosa. Y no sabe que es bueno para él». Entonces, el tercer niño se lo come porque no sabe que los otros dos niños no lo probarán porque es

bueno para ellos. Tal vez hayas escuchado el dicho: «Todo lo que me gusta es ilegal, inmoral o engorda», el cual refleja la idea que el mundo tiene de que las dos cosas se excluyen mutuamente. Si es bueno, no es divertido. No tiene nada que ver con mi felicidad. El hombre moral se preocupaba sobre todo por la bondad moral.

Si aprendemos a conocer a Dios en medio de nuestro dolor, sabremos que no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades. Él ha cami-

Si aprendemos a conocer a Dios en medio de nuestro dolor, sabremos que no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades. Él ha caminado cada centímetro del sendero.

nado cada centímetro del sendero. Me encanta el viejo himno de Richard Baxter: «Cristo no me guía a través de habitaciones más oscuras que esas en las que Él ya ha estado antes». Me encantan esas palabras.

Tengo unos amigos muy queridos (un matrimonio) que son misioneros en el norte de África. Él fue uno de los muchos estudiantes de seminario que se hospedó en

nuestra casa. Hace aproximadamente un año, recibí una carta de ellos donde me informaban que acababan de perder a su bebé. Creo que murió al nacer o solo unas horas después del nacimiento. Su carta estaba cargada de la angustia que padecían; y yo, por supuesto, quería responder aquella misiva. Pero nunca he perdido un bebé. Solo tengo una hija que tenía diez meses cuando su padre fue asesinado, por lo que no podía escribirles a Phil y Janet, y expresarles que sabía exactamente

por lo que estaban pasado. No obstante, yo había leído las maravillosas cartas de Samuel Rutherford, aquel pastor escocés del siglo XVII que parece haber pasado por casi todas las tribulaciones humanas imaginables y que había perdido al menos un hijo; y yo guardaba sus cartas en mi estudio.

Entonces, busqué una de sus cartas dirigida a una mujer que había perdido un hijo. Y esto es lo que Samuel le escribió a ella, así que cité estas palabras a Phil y a Janet, después de expresarles que yo no sabía por lo que estaban pasando, pero que conocía a Aquel que sí lo sabía. Luego, les envié las palabras de Samuel Rutherford. Esto es lo que señaló después de perder a dos hijas:

«La gracia no elimina el amor de una madre, sino que lo coloca en Su torno, que hace todas las cosas nuevas, para que pueda ser refinado [...]. Él te manda a llorar: y ese Magnífico, que con Él al cielo llevó un corazón de hombre para ser un Sumo Sacerdote compasivo [...]. La copa que ahora bebes ya estuvo en los labios del dulce Jesús, y Él bebió de ella».

Janet me escribió esta respuesta: «La tormenta del dolor se está calmando, y el Señor está pintando un cuadro nuevo y diferente de sí mismo».⁹ En su experiencia, percibí que el sufrimiento en sí fue un medio insustituible. Dios estaba usando el sufrimiento para hablar con Janet y Phil de una manera que Él no podría haber hecho si no hubiera captado su atención mediante la muerte de ese pequeño niño.

Ahora, no pretendo simplificar las cosas como si eso explicara que Dios tenía que decir algo a esas dos personas porque, si conozco algo en cuanto a la piedad, sé que Phil y Janet Linton son personas piadosas. Eso plantea otra pregunta dolorosa, ¿no es así? A menudo nos preguntamos por qué tenía que sucederle eso y lo otro. Ella es una persona tan maravillosa. ¿Por qué tuvo que pasar por esto? Él es una persona tan maravillosa. Bueno, nuevamente, las palabras son «Confía en mí».

En mis tiempos de estudiante universitaria, hice mis intentos con la poesía, como supongo que hacen la mayoría de las adolescentes en algún momento. Escribí algunas palabras que más tarde me parecieron casi proféticas. En verdad no recuerdo exactamente si hubo alguna razón en particular para escribirlas en aquel momento, pero algo me había dado un indicio de que en el futuro podría enfrentarme a la soledad. Estas fueron las palabras que escribí:

*Quizás algún día en el futuro, Señor,
tu fuerte mano me llevará al lugar donde
completamente sola debo estar.
Sola, oh magnánimo amante, pero para Ti.
Satisfecha estaré si solo a Jesús puedo ver.
Tu plan en los próximos años desconozco;
mi espíritu encuentra en ti su hogar perfecto.
Suficiencia.
Señor, todos mis deseos están ahora ante ti,
guíame sin importar dónde, sin importar cómo.
Confío en ti.*

Desde que tenía unos 16 o 17 años, comencé a escribir mis diarios y desde entonces lo hago. Ya de eso hace unos cuantos años. Por eso, como preparación para estos mensajes volví a leer algunos de esos primeros diarios. Pensé, bueno, ya sabes, será mejor que haga una revisión para ver si sé algo de lo que tengo que hablar.

Encontré algunas cositas en el diario, a pesar de que al principio confesé no saber mucho sobre el tema, en comparación con otros. Una de las cosas que noté, y que pensé era importante, fue el hecho de que una y otra vez yo cito himnos sobre la cruz, himnos que fueron mis predilectos en momentos diferentes. Uno que aprendí en la universidad fue: «Oh, enséñame lo que significa esa cruz tan elevada, con el varón de dolores condenado a sangrar y morir».¹⁰ Uno de los himnos que aprendimos cuando éramos muy pequeños en nuestras oraciones familiares (nosotros solíamos cantar un himno todas las mañanas en las oraciones familiares) era «Jesús, guárdame cerca de la cruz».¹¹

Mi hija les ha enseñado algunos de esos himnos a sus niños, y creo que nunca olvidaré haber visto a Jim, el pequeño de dos años de edad, mecer con fuerza a su hermana recién nacida, Colleen, en uno de esos pequeños columpios de lona y cantar: «En la cruz, en la cruz, sea mi gloria por siempre. Hasta que mi alma raptada encuentre descanso más allá del río». Y aquí tenemos a este niño pequeño, cantando este profundo himno sobre la cruz y meciendo con vigor a esta bebida que lo disfruta mucho.

Podría citar muchísimos otros himnos. «Al pie de la cruz de Cristo» ha sido siempre uno de mis favoritos. Sin

embargo, al toparme con estos en mis diarios, pensé: *¿Cuál imaginé que sería la respuesta a las oraciones que elevaba en esos himnos? ¿Qué tipo de respuesta realmente esperaba que Dios me diera? ¿Esperaba algún tipo de revelación milagrosa? ¿Tal vez alguna perspectiva original y profunda sobre el significado de la cruz? ¿Esperaba que Dios me convirtiera en algún tipo de gigante espiritual para tener misterios a mi alcance que las otras personas desconocían?* Bueno, no tengo la menor idea de lo que realmente pensaba. Supuse que todo era muy vago y místico en mi mente, y desconocía lo que Dios haría como respuesta a esa oración.

Pero ahora puedo mirar hacia atrás a estos 45 años, más o menos, y ver que Dios, en realidad, está en el proceso de responder esas oraciones. Enséñame lo que significa esa cruz tan elevada. *¿Qué representa este gran símbolo de la fe cristiana?* Es un símbolo de sufrimiento. En eso consiste la fe cristiana, la cual aborda sin rodeos esta cuestión del sufrimiento. Ninguna otra religión en el mundo lo hace. Todas las otras religiones evaden la pregunta de una forma u otra. El cristianismo tiene, como núcleo, esta cuestión de sufrimiento.

Ahora llega la respuesta a nuestras oraciones; enséñame lo que significa: «En la cruz, en la cruz, sea mi gloria por siempre». La respuesta no viene en forma de revelación, ni de explicación, ni de visión, sino en la forma de una persona. Él viene a ti y a mí en nuestro dolor; y expresa: «Confía en mí». «Camina conmigo».

Aquí tengo que insertar otra pequeña historia de mis nietos, y tendrás que soportarme. Sabes que las abuelas

siempre cuentan historias de nietos; es que a menudo estas parecen ser sumamente apropiadas. En este caso en particular, Christiana, mi nieta de cuatro años, tuvo que ser reprendida cuatro veces, tres veces en un día por la misma infracción. Ella no había corrido rápidamente cuando la llamaban. Y mi hija Valerie, de la misma manera que mi madre trataba la obediencia tardía como desobediencia, intenta hacer lo mismo. Por lo tanto, ese domingo en particular, Christiana fue reprendida tres veces. Por la noche, cuando llegó el momento de ir a la iglesia y la llamaron, ella llegó corriendo al auto, con lágrimas rodando por sus mejillas, con sus pequeños brazos abrazando una Biblia, un cuaderno, una pluma (cuatro años, recuérdalo); sí, para ir a la iglesia debía tener una Biblia, un cuaderno, una pluma, sus pasadores y sus cintas para el cabello, sus collares, sus pulseras, y quién sabe qué más era esencial. Todas estas cosas caían de sus brazos y ella tropezaba con ellas. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Se detuvo y señaló: «¡Oh, mamá, si Adán y Eva no hubieran pecado!». Esa niña estaba sufriendo porque vive en un mundo caído; y tú y yo vivimos en ese mismo mundo caído.

Tenemos que considerar estos hechos terribles, el hecho del pecado y el sufrimiento y la muerte, el hecho de que Dios creó un mundo en el que esas cosas eran posibles. El hecho de que Dios sí nos ama significa que Él desea, más que nada, nuestra perfección y nuestro gozo. El hecho de que Él nos dio la libertad de elegir y de que el hombre decidió que su propia idea de perfección y gozo era mejor que la de Dios y creyó lo que Satanás le dijo hizo que el pecado y

el sufrimiento entraran en el mundo. Y ahora reclamamos, ¿por qué Dios no hace algo al respecto? Y la respuesta cristiana es: «Él lo hizo». Se convirtió en la víctima, un cordero sacrificado desde antes de la fundación del mundo.

George Herbert, otro poeta del siglo xvii, escribió esto: «Aflicciones ordenadas, angustias de todos los tamaños. Finas redes y planes¹² para atraparnos».¹³ Luego, George MacDonald, poeta del siglo xix, expresó lo siguiente: «El dolor, con la ayuda del perro y la lanza, perseguirá y cazará la fe falsa en los corazones humanos».¹⁴ Esto nos da dos expresiones diferentes de lo que Dios está haciendo. Redes finas y planes para atraparnos, para darnos este mensaje. Y la segunda expresión se reitera cuando el salmista señaló en el Salmo 46: «Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar» (Sal. 46:1-2).

Yo te hablo como alguien que ha necesitado desesperadamente un refugio. Y, en ese mismo salmo, Él indica: «Estad quietos». Me han dicho que es válido traducirlo como: «Cállate y conoce que Yo soy Dios». Ese es el mensaje.



*Él viene a ti y a mí en nuestro dolor,
y expresa: «Confía en mí».
«Camina conmigo».*





❖ Capítulo 3 ❖

Aceptación

Quiero contarles una pequeña historia con la que algunos de ustedes pueden sentirse ofendidos. Espero que no sea demasiado ofensiva, pero en realidad me han acusado de ser frívola por el hecho de que he tenido dos esposos que han muerto. Entonces, no quiero parecer frívola, pero estoy segura de que todos se dan cuenta de que el tema de estas charlas es muy serio. Y aquí tengo una historia que encaja muy bien con el encabezamiento de este capítulo en particular.

Hace un par de años, mientras Lars y yo estábamos en Birmingham, Alabama, nos ocurrió este incidente. Fue durante un desayuno, y Lars estaba preparando su mesa de libros. Había una señora bajita allí que colocaba las tarjetas de comensal en las diferentes mesas. Lars y ella intercambiaban algunos comentarios. No había nadie más alrededor en ese momento cuando, de repente, ella se volvió hacia él con estas palabras:

—Por cierto, ¿cuál es su apellido?

—Bueno, yo también soy Elliot.

—¿Es usted el esposo de la oradora?

—Sí.

—Pues, es extraño; pensé que me habían dicho que usted tenía un apellido diferente.

—Bueno, en realidad lo tengo, y es Gren; pero, ya sabe, soy el tercer esposo.

El rostro de ella se transformó y expresó:

—Oh, Dios mío, pero solo tenemos una tarjeta de comensal.

Ella hablaba muy en serio, y Lars señaló:

—No creo que deba preocuparse. Los otros dos están muertos. No creo que vayan a aparecerse.

Bueno, ¿cómo encaja esta historia con el tema de la aceptación? Sencillamente, yo no podría hablar de esta manera sobre Jim y Ad si la gracia de Dios no me hubiera capacitado para aceptar sus muertes. En más de una ocasión, se me han acercado personas y me han preguntado cómo es posible que yo pueda hablar sobre mis esposos fallecidos de esa manera superficial. Incluso algunas viudas me han dicho: «¿Cómo evita usted comparar a sus esposos?». Y yo respondo que no lo evito.

He realizado todo tipo de comparaciones entre mis esposos. Y puedes estar seguro de que nunca hubiera aceptado la propuesta de Lars si él no hubiese salido con ventaja al ser comparado con los dos primeros. Aunque son hombres muy diferentes, al menos tenían una cosa en común y era que yo les gustaba. Pero el hecho es que son hombres con dones muy diferentes. Una de las cosas que Dios me trajo

a la mente cuando consideraba la propuesta de Lars, antes de darle una respuesta, fue un versículo en 1 Corintios 12. Los hombres tienen diferentes dones, pero es el mismo Dios quien cumple Sus propósitos mediante todos ellos.

Pienso que, en este tema del sufrimiento, la aceptación es la clave para la paz. Como ya he planteado, la *crux* o la esencia de todo el asunto es la cruz de Jesucristo. Es a la misma vez lo mejor y lo peor que ha sucedido en la historia de la humanidad. Es aquí, en *Su* amor, como nos indica la Escritura. No es que *nosotros* hayamos amado a Dios aquí en *Su* amor, sino que Él nos amó primero y se dio a sí mismo. Es aquí, en *Su* amor, que Cristo puso Su vida por nosotros.

Cuando hablamos de amor como la Biblia habla de amor, no estamos hablando de un sentimiento absurdo. No estamos hablando de un estado de ánimo, ni de un sentimiento, ni de sensaciones agradables. El amor de Dios no es un sentimiento; es un amor deliberado e inexorable que ordenará nada menos que lo mejor para nosotros. El amor de Dios desea nuestro gozo. Yo veo el amor de Dios como sinónimo de la voluntad de Dios.

Los jóvenes a veces me confiesan que todo este tema de la voluntad de Dios les resulta aterrador. «No comprendo cómo puedes entregarle toda la vida a Dios sin saber lo que Él va a hacer». Bueno,

*No es que nosotros
hayamos amado a Dios
aquí en Su amor, sino que
Él nos amó primero y se
dio a sí mismo. Es aquí,
en Su amor, que Cristo
puso Su vida por nosotros.*

de eso se trata la fe, ¿o no? Si realmente crees que alguien te ama, entonces confías en esa persona. La voluntad de Dios es el amor. Y el amor sufre. Es de esta manera que sabemos lo que significa el amor de Dios por nosotros, porque Él estuvo dispuesto a tomar forma de hombre y cargar sobre sí nuestros pecados, nuestros dolores, nuestros sufrimientos.

El amor siempre está indisolublemente unido al sacrificio. Todo padre lo sabe. Toda madre lo sabe. Es posible que lo haya sabido en teoría, pero cuando el bebé nace, si esa madre no ha sufrido durante los nueve meses anteriores, ha llegado el momento cuando ciertamente tiene que sufrir. Y, cuando ese bebé nace y la labor de parto termina, entonces todas las madres sabemos que eso no es más que el comienzo, ¿no es verdad? Y no hay padre ni madre que pueda imaginar los cambios que se producirán en sus vidas, independientemente de cuánto hayan leído y observado. La presencia de ese nuevo y pequeño ser humano en sus vidas lo cambia todo.

La voluntad de Dios es el amor. Y el amor sufre.

Es un sacrificio día tras día, noche tras noche. Sin embargo, no es algo que te hace sentarte en un banco a llorar por ti. No es algo por lo que gimes y te quejas, excepto quizás de vez en cuando, pero *es* muy real, ¿o no? Es mi vida por la tuya. Y eso, señoras y señores, es el principio de la cruz. Eso es lo que Jesús estaba demostrando: mi vida por la tuya.

El sufrimiento es un misterio. No se explica, pero se afirma. Debemos recordar que todo el cristianismo descansa en misterios. Aquellos de ustedes que pertenecen a iglesias

que usan credos saben que enuncian un conjunto de declaraciones sobre la fe que implican un misterio. ¿Hay alguien que se llame cristiano que pueda explicar la Trinidad? ¿Hay alguien que pueda explicar la ginecología, por ejemplo, del nacimiento virginal? ¿Hay algún especialista en aerodinámica que pueda decirnos algo sobre la Ascensión? Estos son misterios. Creación, redención, encarnación, crucifixión, resurrección: todas estas grandes palabras clave de la fe cristiana constituyen misterios.

En la iglesia, nos ponemos en pie como un cuerpo (en la iglesia a la que asisto, por ejemplo) y recitamos un credo en voz alta. No estamos explicando nada; simplemente estamos afirmando. Y de eso se trata el cristianismo. Dios es Dios.

Dios es un Dios de tres personas.

Él nos ama. No estamos perdidos en el caos. Para mí eso es lo más fortalecedor, lo más estabilizador, lo que más paz me infunde en todo el universo. Cada vez que las cosas aparentemente se han des-

moronado en mi vida, yo regreso a lo que es inmutable. Nada en el universo puede cambiar esos hechos. Él me ama. No estoy a merced del azar.

El sufrimiento es un misterio. No se explica, pero se afirma.

En una ocasión, Lars y yo llegamos al aeropuerto de Boston para tomar un vuelo a algún lugar, y creo que nuestro avión salía a las 11:30 a. m. Llegamos a eso de las 10:30 y encontramos con que ¡el aeropuerto estaba cerrado! Había extensas filas desde las taquillas hasta la acera. Ni siquiera se podía entrar por las puertas giratorias al aeropuerto. Nos

informaron que todos los vuelos habían sido cancelados, que las aerolíneas no estaban asumiendo la responsabilidad de volver a hacer ninguna otra reserva. Tenías que ponerte en la fila y empezar de nuevo. Para colmo, tus boletos no valdrían nada en lo que a reservas se refiere. Fue una escena de verdadero horror y caos. La gente lloraba; estaba enojada, consternada. Era un desastre. Sentía mucha pena por aquellas familias con niños pequeños que se dirigían a Disney World en Orlando por sus vacaciones de invierno, y por aquellos estudiantes universitarios con esquís.

Hasta hubo peleas de puños. Había personas tan enojadas con los pobres agentes de viaje que realmente estaban llegando a los golpes. Y nos enteramos de que había un avión en la pista con todos sus pasajeros a bordo cuando se les comunicó que el aeropuerto estaba cerrado. Se negaron a bajar del avión. Ahora, ya sabes, tú simplemente te preguntas qué tipo de perspectiva de las cosas tiene la gente que toma decisiones como esa. Pero lo que me dio mucha paz fue darme cuenta de que, aunque había gente esperándome en la ciudad a la que me dirigía, Lars y yo no estábamos a merced de las condiciones del tiempo y mucho menos del aeropuerto.

No estamos perdidos en el caos. Hay unos brazos eternos que nos sostienen.

No estamos perdidos en el caos. Hay unos brazos eternos que nos sostienen; por lo tanto (y esto marca la diferencia), podemos estar en paz y podemos aceptar. Podemos decir: «Sí, Señor, lo acepto». La facultad

mediante la cual yo percibo a Dios es la facultad de la fe. Y mi fe me permite señalar: «Sí, Señor. No me gusta lo que estás haciendo. No lo entiendo. Tendrás que ocuparte de esas pobres personas en el otro extremo que contaban con que yo fuera a hablar en este día específico. Pero, Dios, Tú mandas». Conozco a Aquel que está a cargo del universo. Él tiene todo el mundo, ¿dónde? En Sus manos. Y ahí es donde estoy.

Por lo tanto, el hecho de que [el sufrimiento] nunca es en vano para mí constituye la clave para la aceptación. Podríamos afirmar que la fe es el fulcro de nuestro equilibrio moral y espiritual. Piensa en un columpio. El fulcro es el punto donde el columpio descansa. Mi equilibrio moral y espiritual descansa en esa estabilidad de fe. Y, por supuesto, mi fe descansa sobre el lecho de roca que es Jesucristo.

Ahora bien, la fe, como el amor, no es un sentimiento. Necesitamos dejar eso absolutamente en claro. La fe no es un sentimiento. La fe es un acto de obediencia voluntaria. Jesús señaló una y otra vez: «No temas». «No se turbe tu corazón». «Cree en Dios. Cree también en mí». «Acepta, toma la cruz y sígueme».

Él afirmó que, si queremos ser Sus discípulos, existen tres condiciones. Primero, debes renunciar a tu propio derecho. Segundo, debes tomar tu cruz. En tercer lugar, debes seguirlo. Lo que yo entiendo por renunciar a tu derecho es decirte que no a ti mismo. Y tomar la cruz es decirle sí a Dios. Señor, lo que sea que tienes para mí, lo aceptaré. Sí. Sí. Sí.

Me han contado que en Inglaterra hay una casa parroquial, en algún lugar del litoral, que tiene la siguiente inscripción: «Haz lo que te toca ahora». No conozco ninguna

*Haz lo que te toca ahora.
Eso me ha ayudado en mis
agonías más que cualquier
otra cosa que pudiera
recomendar.*

fórmula más sencilla para tener paz y para aliviar el estrés y la ansiedad que esa palabra de sabiduría tan práctica y sensata. Haz lo que te toca ahora. Eso me ha ayudado en mis agonías más que cualquier otra cosa que pudiera recomendar.

Cuando me enteré de que mi esposo estaba desaparecido, me fui a la base de aviación misionera, en un lugar llamado Shell Mera en el límite de la selva, para estar con las otras cuatro esposas mientras esperábamos noticias sobre nuestros esposos. Cuando finalmente llegó la noticia de que los cinco hombres habían sido asesinados con lanzas, entonces, por supuesto, teníamos que tomar una decisión. ¿Íbamos a volver a nuestras estaciones misioneras en la selva o qué íbamos a hacer?

Yo volví a mi estación en la selva. Nunca consideré ninguna otra alternativa porque, en primer lugar, yo había sido misionera antes de casarme con Jim Elliot, incluso antes de comprometerme con él. Entonces, en lo que respecta a mi llamado misionero, nada había cambiado. No obstante, tuve que volver a una estación donde no había otro misionero e intentar hacer el trabajo que los dos habíamos estado haciendo juntos, por lo que tenía muchas cosas para mantenerme ocupada.

Tenía que supervisar una escuela de unos 40 niños. No era la maestra, pero en cierto sentido estaba al frente de las cosas. Tenía una iglesia nueva de unos 50 creyentes bautizados que no tenían la Escritura en sus manos, y se suponía que yo hiciera la traducción a su idioma. También estaba alfabetizando a un grupo de unas doce niñas, a las que enseñaba a leer en su propio idioma para que al final pudieran leer la traducción de la Biblia en la que yo trabajaba al mismo tiempo. Tenía una bebita de diez meses que atender. Tenía mil cosas que hacer, como administrar los asuntos de una estación en la selva, aprender a operar un generador diésel, repartir medicinas en toda dirección y de vez en cuando ayudar en un parto.

Realmente no tuve tiempo de sentarme y hacerme una fiesta de lástima y hundirme en un charco de autocompasión. Hice lo que me tocaba. Y después de eso siempre me tocaba hacer otra cosa. Muchas veces en mi vida he descubierto que siempre tengo algo que hacer. Por ejemplo, después de la muerte de mi segundo esposo y, aunque vivía en una casa muy civilizada, tenía platos que fregar, pisos que limpiar, ropa que lavar. Fue mi salvación.

Hace un par de años, tuve el privilegio y la diversión de cuidar a cuatro de mis nietos, pues sus padres estaban de viaje y se llevaron con ellos al quinto hijo recién nacido. Esa fue la única vez que tuve la oportunidad de hacerlo. Mis nietos viven en el sur de California y yo vivo en el noreste. Por lo tanto, soy una de esas abuelas solitarias y no de las agotadas. Al final del primer día, mi hija tuvo la amabilidad de llamarme por la noche.

Preguntó: —Bueno, mamá, ¿cómo estás?

Y yo respondí: —Bien, son niños maravillosos y son muy obedientes y todo eso; pero no sé si sobreviva los próximos cuatro días.

Estaba cansada, por decir lo menos. Tuve que hacer la pregunta que a mi hija realmente no le gusta que le hagan: «¿Cómo lo logras?». Porque no pasa un minuto del día en que yo no piense en lo siguiente: todo el día, en cada segundo hay cosas que hacer, pero aparte de eso mi hija tiene un bebé que está amamantando, lo cual le ocupa otras seis horas del día. Realmente no puedo evitar pensar: *¿Cómo lo logra? ¿Cómo lo logra?*

Tuve que hacerle la pregunta. Sabía que ella no quería que la hiciera, pero le dije:

—Val, ¿cómo lo logras?

Ella se rio por teléfono y señaló:

—Mamá, yo hago exactamente lo que me enseñaste hace años. Hago lo que me toca en cada momento.

Me aconsejó que no pensara en todas las cosas que tenía por hacer. Solo haz lo que te toca. Entonces seguí su consejo y no solo sobrevivimos los siguientes cuatro días, sino que los pasamos de modo triunfal. Pero lo que me permitió lograrlo fue la aceptación, pues realmente creí que aquello no era un accidente.

Unas seis semanas después de la muerte de Jim, recibí una carta de mi suegra. Yo había estado escribiendo cartas a casa e intentando tranquilizar a mis padres y a mis suegros en cuanto a que Dios estaba conmigo. Todo estaba bien. No debían preocuparse por mí. Como te puedes imaginar, mis

suegros y mis propios padres estaban acabados. Estoy segura de que nosotros los padres sufrimos en ocasiones 100 veces más de lo que sufren nuestros hijos. Aunque pensemos que la situación es peor de lo que es, lo que nunca podemos visualizar es la forma en que la gracia de Dios actúa en la persona que la necesita.

Entonces, mi suegra me escribió una carta en la que me confesaba que tenía mucho miedo de que yo estuviera reprimiendo mis sentimientos, que no era normal la forma en que reaccionaba y seguía adelante, que solo estaba intentando estar ocupada y tal vez me estaba enterrando en mi trabajo. Y añadió que con el tiempo me iba a desmoronar. Pues bien, de repente mi paz desapareció y comencé a preguntarme si ella tenía razón. ¿Es verdad que no existe tal cosa como la paz que sobrepasa todo entendimiento? ¿Puede Dios realmente cumplir Su Palabra?

Seguí regresando una y otra vez a las promesas que Dios me había dado. Las tenía justo allí en mi diario. Día tras día, Dios me daba promesas que me capacitaban para seguir adelante. Jesucristo, el mismo ayer, hoy y por los siglos. Jim murió ayer, pero el mismísimo Señor estaba conmigo hoy. Y no tenía que preocuparme por los próximos 50 años, lo cual es una tentación para todo el que haya perdido a un ser querido. Uno piensa: *Bueno, creo que podría sobrevivir a la cena de esta noche, pero no estoy segura del mañana ni de la próxima semana, por no hablar de los próximos 50 años.*

En el mismo correo que recibí la perturbadora carta de mi suegra, llegó también un poema de Amy Carmichael en una carta general de su misión. El poema señalaba: «Cuando

los vientos tormentosos en contra nuestra, estabilizan y refuerzan nuestra voluntad; oh, escúchanos por amor a tu propio Nombre, manténnos fuertes y en quietud. Así como se mantienen las fieles montañas, a través de los largos y silenciosos años de presión; así esperaremos a tu diestra en quietud y firmeza». ¹⁵ Bueno, eso suena bastante valiente y fuerte, ¿no? Pero escucha la última estrofa: «Pero esta fuerza no de nosotros, oh Señor, ni de nosotros esta constancia. Nuestra confianza es tu Palabra eterna, y nuestra seguridad tu presencia».

Esta verdad vital se apoderó de mi mente y de mi corazón, es decir, Dios mantenía Su Palabra de que Él estaba allí. Y uno de los versículos que Dios me había dado antes de ir al Ecuador estaba en Isaías 50:7: «Porque Jehová el Señor me ayudará, por tanto no me avergoncé; por eso puse mi rostro como un pedernal, y sé que no seré avergonzado».

Como todos nosotros, me vi tentada a decir: «Bueno, Señor, prometiste ayudarme, pero Tú sí que tienes una forma extraña de hacerlo. No creo que esta sea la manera en que se supone que ayudes a una de tus siervas que procura ser obediente y fiel». ¿Y qué responde Dios a un razonamiento como este? Lo mismo que responde todo el tiempo: «Confía en mí». «Confía en mí». Algún día verás que hay sentido incluso en esto. Tu sufrimiento nunca es en vano.

Mi esposo Jim era un carpintero bastante bueno y construyó una casa sumamente bonita en la selva, una casa muy civilizada con piso de cemento, paredes de madera y techo de aluminio. Incluso construyó un maravilloso sistema de suministro de agua que acopiaba el agua desde el techo de

aluminio y luego la canalizaba por tuberías a la casa, de forma tal que teníamos un inodoro con agua, una ducha y un lavabo. Jim también se dispuso a llenar la casa con muebles más prácticos que hermosos.

Pero, si había algo que Jim no podía soportar mientras hacía un mueble, era que yo me pusiera a mirar por encima de su hombro. Yo le hacía todo tipo de preguntas: ¿y qué es esto? ¿Y qué haces con esa herramienta? ¿Por qué lo haces así? ¿Y cómo se supone que vas a unir esa cosa con esto? Y él me pedía que me fuera y que, cuando el trabajo estuviera terminado, entonces lo podría ver. Esto nos brinda una analogía muy sencilla. Dios está diciendo: «Confía en mí». Acéptalo ahora. Lo verás después.

¿Cuántas opciones tienes para regresar a esas alternativas? O crees que Dios sabe lo que está haciendo o crees que no lo sabe. O crees que Él es digno de confianza o no lo es. Y luego, ¿dónde estás? Estás a merced del caos; no del cosmos. *Caos* es la palabra griega para desorden. *Cosmos* es la palabra para orden. O vivimos en un universo ordenado o estamos intentando crear nuestra propia realidad.

La aceptación es un acto voluntario y deliberado. Dios me estaba dando algo que hacer. Lo que me tocaba era responder: «Sí, Señor». Acéptalo y esa es la clave para la paz. Ahora, ¿tiene sentido para un ser humano ordinario decir: «Acepta este sufrimiento»? ¿No es contrario a la naturaleza humana? Quiero dejar algo muy en claro aquí porque me doy cuenta de que cada palabra que digo puede ser distorsionada, torcida y mal interpretada. Quiero poner todo esfuerzo para aclarar lo que quiero expresar con la palabra «aceptar».

No estoy hablando de cosas que se pueden cambiar o que deberían cambiarse.

Hay algunas cosas que se pueden cambiar, pero que no deberían cambiarse. Por ejemplo, un joven muy querido que conozco decidió deshacerse de su esposa y de sus dos hijos cuando el segundo niño tenía solo una semana de nacido. Contra todo consejo, siguió adelante con su determinación. Un par de años más tarde, le pregunté por qué lo hizo, a lo que me respondió que la relación no estaba funcionando.

Esto lo escuchamos por todos lados ¿o no? Sabemos que está sucediendo por doquier. Había una situación que ese joven creía que debía ser cambiada, y es lo que había que hacer. Tienes que deshacerte de ella porque este es un caso de incompatibilidad. Entonces, cuando digo que hay cosas que se pueden cambiar, pero que no deberían cambiarse, ese podría ser un ejemplo. Hay muchas cosas que no se pueden cambiar; y hay cosas que tienen que ser cambiadas; por ejemplo, cuando hay abuso contra otras personas. Por eso, deseo que tengamos bien en claro que no estoy indicando que lo aceptes todo, que te resignes y no pienses respecto a las cosas horribles que suceden. Ese no es mi propósito en esta charla.

Recuerda que el apóstol Pablo oró para que le fuese quitado aquel aguijón de su carne. ¿Y cuál fue la respuesta? Oró tres veces por eso. Sin embargo, la respuesta fue: «... Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Cor. 12:9a). Creo que es muy interesante y significativo que Pablo afirmara que le había sido dado un aguijón en la carne para que no se exaltase en sobremanera. Y luego señala que era un mensajero de Satanás.

Ahora, eso parece una contradicción porque, obviamente, tenía que ser Dios a quien le preocupara que Pablo no se enalteciera en sobremanera. A Satanás le encantaría que nosotros nos enalteciéramos mucho. Pero él indicó que, para que no se enalteciera demasiado por una experiencia espiritual específica (que acababa de describir en 2 Corintios 12), para evitar eso, le fue dado un aguijón en la carne, un mensajero de Satanás, según él lo describe.

Es posible que te sientas confundido y pienses: *¿Es esto de parte de Dios o de Satanás? ¿Es esta la voz de Dios o la voz de Satanás?* Deja de preocuparte por esto. En verdad no necesitas desentrañar eso porque aquí hay un caso donde, en un sentido, el aguijón fue dado por Dios como un mensajero de Satanás. En la Escritura, hay al menos otro ejemplo en el que puedo encontrar la misma aparente contradicción. Este ejemplo es cuando José les señala a sus hermanos que fueron ellos quienes lo enviaron a Egipto. Sin embargo, también les expresa que fue Dios quien lo envió a Egipto. Sabemos que los hermanos de José pecaron contra él. No obstante, fue Dios quien lo envió allí.

Entonces, cuando la respuesta no se trata del aguijón en la carne, sino de la oración de Jesús en Getsemaní, comprendemos que no hay nada malo en orar para que Dios solucione nuestros problemas, sane nuestras enfermedades, pague nuestras deudas y resuelva nuestras dificultades matrimoniales. Es completamente adecuado que elevemos tales peticiones a Dios. No estamos orando contra Su voluntad. Pero, cuando la respuesta es no, entonces sabemos que Dios tiene algo mejor en juego. Cosas mucho mayores están en

juego. Existe otro nivel, otro reino, un reino invisible que tú y yo no podemos ver ahora, pero hacia el cual nos dirigimos y al cual pertenecemos.

Un versículo que para mí resume los aspectos que he intentado plantear bajo este encabezamiento de la aceptación es otra aparente contradicción que encontré en el Salmo 116. El salmista pregunta: «¿Qué pagaré a Jehová

Cuando la respuesta es no, entonces sabemos que Dios tiene algo mejor en juego.

Cosas mucho mayores están en juego. Existe otro nivel, otro reino, un reino invisible que tú y yo no podemos ver ahora, pero hacia el cual nos dirigimos, y al que pertenecemos.

por todos sus beneficios para conmigo?» (v. 12). Un día mientras leía, sentí que rebosaba de gratitud por todas las bendiciones en mi vida. Estaba sentada en una silla y contemplaba desde una habitación confortable el espléndido panorama del océano, y me preguntaba: «Señor, no sé cómo agradecerte. ¿Cómo podré expresarte mi gratitud?». Y abrí mi Biblia en este versículo donde el salmista se pregunta: «¿Qué pagaré...?», pero luego vi que el

próximo versículo es: «Tomaré la copa de la salvación...» (v. 13a). ¿Qué te daré Señor? La respuesta es «Tomaré la copa de la salvación».

Ahora, ¿qué significa la copa de la salvación? Es obvio que el salmista en tiempos del Antiguo Testamento no consideraba la salvación según nuestras ideas un tanto estrechas. Independientemente del contenido de la copa que Dios me ofrece (ya sea dolor o penas, sufrimiento o tristeza, junto a

Aceptación

muchas alegrías), yo estoy dispuesta a aceptarla porque confío en Él, pues sé que Dios quiere lo mejor para mí. Acepto lo que venga en Su nombre.

A veces necesito el dolor porque Dios tiene algo más grande en mente. Nunca es en vano. Entonces, digo: «Señor, en el nombre de Jesús, por Tu gracia, yo lo acepto».



*Independientemente del contenido
de la copa que Dios me ofrece
(ya sea dolor o penas, sufrimiento o tristeza,
junto a muchas alegrías), yo estoy dispuesta
a aceptarla porque confío en Él.*



❖ Capítulo 4 ❖

Gratitud

En el primer capítulo, hablamos sobre la verdad, la terrible verdad que son los hechos de la vida, el mundo retorcido y caído en el que vivimos. Luego tratamos los hechos maravillosos relacionados con otro mundo, otro nivel, otra perspectiva. Ambos son ciertos, y necesitamos mantenerlos en perspectiva.

Abraham miró los hechos de su vida, su edad avanzada y la esterilidad de su esposa. Sin embargo, la Escritura afirma que no titubeó ante la promesa de Dios. Miró claramente los hechos. Los cristianos deben ser personas que estén preparadas para mirar fijamente los hechos, los hechos horribles, y luego mirar al otro nivel en el que esos hechos deben interpretarse y no titubear ante la promesa de Dios. Ese fue el tema del primer capítulo.

El segundo capítulo trató sobre el mensaje. Dios hará todo lo posible por captar nuestra atención el tiempo suficiente y comunicarnos: «Yo soy el Señor. Te amo. Deseo que tengas gozo». Si podemos recordar esos dos aspectos

(la verdad y el mensaje), entonces nos será más fácil decir: «Sí, Señor». La aceptación.

Pablo aceptó el aguijón a pesar de que no le gustaba ni era de su preferencia. Jesús aceptó la copa y señaló: «No se haga mi voluntad, sino la tuya». Esa misma visión y ese mismo principio deben caracterizar a cada uno de los cristianos que recibimos, de la mano de Dios, la copa de la salvación, con cualquiera que sea su contenido, para nuestra perfección y redención final. En esa copa de la salvación habrá solo lo necesario.

Una vez planteado todo esto, ¿podemos dar gracias a Dios? Ahora nos ocuparemos del tema de la gratitud, sobre el cual me gustaría darles tres elementos para considerar. En primer lugar, me gustaría que pensáramos en dos cosas que deberían distinguir a los cristianos del resto del mundo. Para ser honesta, al viajar y reunirme con todo tipo de cristianos, me siento consternada cuando noto que muy a menudo no parece haber ninguna diferencia en la forma en que los cristianos y en el resto del mundo viven, ni en la forma en que responden a las experiencias de sus vidas ni la forma en que el mundo respondería. En otras palabras, si fueran arrestados por ser cristianos, ¿habría evidencia suficiente para condenarlos? Y siempre me hago a mí misma la pregunta: ¿qué tipo de diferencia esperarías que otros vieran en mi vida que al menos les llame la atención y les haga expresar: *En esa mujer hay algo diferente?*

En mi libro *Let Me Be a Woman* [Dejadme ser mujer], planteo que no soy una clase de cristiana diferente por el hecho de ser mujer, pero que sí debo ser una clase de mujer

muy diferente porque soy cristiana. ¿Conoces a alguien a quien puedes señalar y asegurar: *Míralo, ese es cristiano? Observa la vida de esa mujer. Ella es cristiana.* ¿Qué tipo de evidencia verían tus amigos en tu vida?

Dos cosas que por cierto deberían distinguirnos a ti y a mí, y a todos los que se llaman cristianos, son la aceptación y la gratitud. Es sumamente difícil hacer una distinción clara entre ambos. Si podemos aceptar un regalo, entonces podemos dar las gracias. Ahora, todos tenemos la experiencia de recibir todo tipo de regalos de amigos, parientes, tías abuelas y otras personas, por los cuales tenemos que agradecerles. No obstante, lo que escogieron para nosotros en verdad no nos entusiasma mucho. Por ejemplo, ¿cuántos portarrollos de papel higiénico de ganchillo puede usar una mujer? Si eso se le ocurre a la tía Susie, entonces en cada Navidad y en cada cumpleaños es posible que te regale uno. Y lo único que el destinatario debe hacer es dar las gracias.

Sin embargo, cuando hablamos de los dones de Dios, hablamos de dones que provienen de Uno que conoce en exactitud lo que necesitamos, aunque no sea precisamente conforme a nuestros gustos y preferencias. Él nos da todo lo apropiado para la obra que desea que hagamos. Y, si entendemos eso, entonces podemos expresar: «Sí, Señor, lo acepto. Yo no lo hubiera elegido, pero como sé que me amas lo recibiré y entiendo que algún día comprenderé por qué es necesario. Por eso, lo acepto. Entonces puedo avanzar un paso más y darte las gracias. Gracias, Señor».

Pablo nos exhorta a dar gracias en todo. No son las experiencias de nuestras vidas las que nos cambian, sino nuestra

respuesta a esas experiencias.¹⁶ Y esa debe ser una distinción muy evidente entre el cristiano y el no cristiano.

En un capítulo anterior mencioné las reacciones que observé en varias personas un día que cerraron el aeropuerto Logan. Hubo una gran variedad de reacciones, desde lágrimas hasta ira, así como resignación y paz. Todos conocemos a personas que han pasado por cosas terribles y han resultado ser oro puro. Creo que cada uno de nosotros conoce a alguien así, que ha pasado por cosas terribles y, sin embargo, el fuego ardiente ha refinado ese acero o ese oro. También conocemos a personas que han pasado por cosas igualmente malas, tal vez no tan malas, pero al final quedan enojadas, amargadas, resentidas, quejumbrosas y, en general, es imposible de tratar con ellas.

Ahora, ¿cuál fue la diferencia? No fueron las experiencias; fue su respuesta. Y la respuesta de un cristiano debe ser la gratitud. «Gracias, Señor. Lo aceptaré». Creo que podríamos dividir el mundo en dos tipos de personas: las que tienen la costumbre de quejarse por lo que no tienen o por lo que tienen, y las que se han hecho el hábito de decir «Gracias, Señor» por lo que no tienen o por lo que tienen. Recuerda mi sencilla definición de sufrimiento: tener lo que no quieres y querer lo que no tienes. Esta cubre toda la gama de opciones, desde las cosas más pequeñas como un dolor de muelas o los impuestos hasta un tumor.

Para mí fue sumamente perturbador cuando viví con esa tribu de la selva llamada los aucas, los llamados salvajes de la edad de piedra que asesinaron a mi esposo. Un par de años después de la muerte de los cinco misioneros, tuve

la oportunidad de vivir con esas personas y conocer a los que de hecho cometieron el asesinato. Yo vivía en una casa sin paredes; todos vivían en casas sin paredes. Esto me dio la oportunidad de observar muy de cerca, día y noche, prácticamente todo lo que sucedía.

Pero también yo estaba bajo el escrutinio más implacable y agudo por parte de los aucas, pues era un individuo raro entre ellos y todo lo que hacía no solo era extraño, sino también causa de mucha risa, y aun digno de imitar. Viví esto en exceso. Realmente nunca me había considerado una comediante hasta que viví con los aucas y descubrí que esperaban que yo les sirviera de entretenimiento ininterrumpido.

Sin embargo, una de las cosas que más me llamó la atención al observar su vida familiar fue que nunca se quejaban de nada. Por supuesto, mi hija creció allí en la selva con los indígenas; tenía tres años cuando nos fuimos a vivir con los aucas. Ella había vivido con otros indígenas antes de eso, y volvimos luego y vivimos con otros indígenas nuevamente.

Pero su esposo me hizo una declaración, que estoy segura de que mi marido (tal vez debería decir que estoy segura de que ninguno de mis esposos) no hubiera hecho sobre mí. Cierta día Walt me comentó lo siguiente sobre Valerie: «Sabes, esa mujer nunca se queja de nada». Por supuesto, mi corazón de madre se llenó de orgullo, cuando de repente me di cuenta de que probablemente yo no tenía nada que ver con eso. De hecho, fue a pesar de mí, y no gracias a mí, que mi yerno pudo afirmar aquello porque, en primer lugar, Valerie es más Elliot que Howard y los Elliot eran personas

mucho más joviales. Yo provengo de una larga genealogía de pesimistas por ambos lados. Grandes pesimistas.

No obstante, me di cuenta de que probablemente el motivo principal es que ella creció con indígenas que nunca se quejaban. Vivíamos en un lugar donde el clima era terrible. Teníamos 144 in (365 cm) de lluvia al año; esto es 12 pies (3,5 m). Debido a esto, cuando viajábamos, que siempre era a pie, por senderos y a veces en canoa, generalmente nos empapábamos. A veces nos salpicábamos de fango de los pies a la cabeza, pero al menos hasta las rodillas. Y estábamos a merced de los jejenes y el lodo, añublos y mosquitos, entre muchas otras molestias.

Los indígenas regresaban de una caminata de quizás cuatro horas por el sendero con, digamos, una canasta de comida de 50 lb (20 kg) en la espalda, las mujeres por cierto (los hombres no podían cargar ese peso, pero las mujeres sí); y jamás vi a una mujer quitarse aquel mecapal de la frente, soltar la cesta y lanzar un *¡Caramba!* Nunca. Simplemente no se quejaban.

Estas personas no eran cristianas y, para vergüenza mía, digo que vi entre ellos una alegría, una aceptación gentil, pacífica y serena de lo que nosotros consideraríamos condiciones muy hostiles y que ellos daban por sentado. Nadie se daba palmaditas en la espalda por no quejarse. Por lo tanto, aprendamos una lección o dos de esas personas sencillas y hagamos el hábito de decir «gracias, Señor», en lugar de quejarnos.

Mi hija está lidiando con quizás una de las cuestiones más difíciles que los padres tienen que enfrentar al educar

a sus hijos: la queja y el lloriqueo. Sus hijos son obedientes; han aprendido a serlo. Saben que cuando papá y mamá dicen algo es porque eso es exactamente lo que esperan que ellos hagan. No obstante, no siempre lo hacen con alegría. No siempre lo hacen con una sonrisa. A veces tienen que mandar a uno de ellos a su habitación hasta que ponga una cara agradable. Val o Walt dirán: «Realmente no nos gusta esa cara. No nos gusta ese tono de voz. Regresa a tu cuarto y, cuando pongas una cara agradable o una voz alegre, entonces puedes volver».

Amy Carmichael, misionera en la India, cuya biografía titulada *A Chance to Die* [Una oportunidad para morir] yo escribí, contó que, mientras crecía en un pequeño pueblo en Irlanda del Norte, ellos no solo extendían la mano de inmediato para recibir la tunda, paliza que le daban con una pequeña paleta (a la que llamaban *pandy*), sino que también tenían que decir: «Gracias, madre». Esa es disciplina severa, ¿verdad?

En una ocasión se alojó conmigo una joven muy encantadora que me contó una maravillosa historia sobre la diferencia que Jesucristo marcó en su propia vida cuando ella tenía unos 18 años. Este es el tipo de historia que siempre procuro encontrar. Y me emociona ver que Jesucristo marca una diferencia práctica, realista y visible en la vida de alguien.

Ella me contó que había estado asistiendo, creo que a una reunión de Young Life [Vida joven], donde el orador hablaba sobre honrar a tu padre y a tu madre. Confesó que la mayor parte del tiempo el tema le entraba por un oído

y le salía por el otro. De repente algo en ella hizo clic, y expresó: «Oh, se supone que debo honrar a mi padre y a mi madre, pero mi madre y yo somos como perro y gato muchas veces».

Ella comentó: «Fui a casa y comencé a pensar en ello y me dije: *Ay, no puedo con esto. Este asunto de ser una cristiana es demasiado*». Luego añadió: «Comencé a orar para que Dios me ayudara a lograrlo, sin importar lo que significara. Realmente no comprendía lo que significaba, pero sabía que quejarme, ser gruñona y difícil de tratar no era compatible con alguien que honre a su padre y su madre».

Al instante continuó: «Más adelante, yo quise asistir a cierto evento y le pregunté a mi madre si podía ir». Ella todavía vivía en su casa y, aunque tenía 17 o 18 años, sabía que estaba bajo la autoridad de sus padres. Su madre le indicó que no podía ir al evento. Ante esto, su respuesta fue: «Está bien». Después comentó: «No podía creer lo que escuchaba. No lo podía creer. Entré en mi habitación, me senté y me dije: *¡Vaya! Es la primera vez en toda mi vida que no discuto con mi madre*». Ese fue el primer paso de esa jovencita en la obediencia a Jesucristo.

Está muy bien profesar ser cristiano de una bonita manera, orar, leer y cantar tus himnos e ir a la iglesia, y hacer esto, aquello y lo otro. Pero, a la hora de la verdad, ¿cuál es la diferencia? Y esa muchacha pudo expresar: «Gracias, Señor. Mi madre dijo que no. Fue mi oportunidad de obedecer a Jesucristo». Por lo tanto, en este capítulo, nuestro primer punto es que la gratitud y la aceptación deben distinguir al cristiano.

Lo segundo para considerar en cuanto a la gratitud es que honra a Dios. Esta idea la saqué directamente de La Biblia de las Américas, en el Salmo 50, versículo 23. Esto es lo que señala: «El que ofrece sacrificio de acción de gracias me honra; y al que ordena bien su camino, le mostraré la salvación de Dios». Él me honra y prepara el camino para que yo pueda mostrarle mi salvación.

Permíteme regresar al 25 de octubre de 1972. En ese día sucedieron muchos incidentes en mi vida. Encontré un apartamento para mi madre, que deseaba mudarse de Florida a Massachusetts, para estar cerca de tres de sus seis hijos. Eso fue algo importante que ocurrió ese día. Luego, el hijo de un amigo mío muy cercano murió en un accidente automovilístico. También recibí la visita de una joven que tenía un hijo de tres años con una anomalía

cardíaca grave; y nos sentamos en mi sala para conversar sobre las lecciones que Dios le estaba enseñando mediante esto, de las cuales una era la aceptación y la gratitud. La gravedad era tal que los médicos le habían comunicado que, en cualquier momento no predecible, ella podría encontrarlo muerto en su cama o en su corralito. Y no podían hacer nada hasta que cumpliera los cuatro años, pero era posible que no alcanzara esa edad.

*Está muy bien profesar
ser cristiano de una
bonita manera; orar, leer
y cantar tus himnos e ir
a la iglesia, y hacer esto,
aquello y lo otro. Pero a la
hora de la verdad, ¿cuál es
la diferencia?*

Ese mismo día, mi esposo tenía que ir al hospital por una inflamación en el labio; y esa mañana yo había escrito en un pequeño trozo de papel estas palabras: «Cómo lidiar con el sufrimiento de cualquier tipo». Desconocía todas las cosas que iban a acontecer en aquel día en particular, y la única explicación que encuentro para haberlo escrito es que vino de Dios. Cómo lidiar con el sufrimiento de cualquier tipo. Número uno, escribí: «Reconócelo». Número dos, «Aceptalo». Número tres, «Ofrécelo a Dios como un sacrificio». Y número cuatro, «Ofrécete a ti mismo con él».

Ahora, si tuve la premonición de que esto iba a ser grave o si estaba repasando lecciones de años anteriores, realmente no lo recuerdo. Pero, aquella misma tarde, el médico nos informó que mi esposo tenía cáncer. La noche siguiente él tuvo un sangrado por otro lugar que no tenía nada que ver con aquella inflamación. Estábamos llenos de miedo, resentimiento y preocupación, y todo era horriblemente real para los dos; necesitábamos ir a Cristo para encontrar refugio.

Te puedes imaginar los diálogos que comencé a tener con Dios en ese momento. «Señor, ¿no hemos pasado por esto ya una vez? Te llevaste a mi primer esposo. Ahora seguramente, Señor, no te llevarás a Ad, ¿verdad?». Y fue como si el Señor respondiera: «Es posible. Confía en mí». Entonces, pensé que tendría que comenzar de nuevo a aprender lecciones que creía haber aprendido antes lo suficientemente bien. Yo preguntaba: «Señor, ¿reprobé el examen? ¿Tenemos que repasar esto otra vez?». Y la respuesta fue: «Sí, tienes que repasarlo otra vez».

¿A dónde te vuelves? ¿Qué haces? Lloras, oras, preguntas por qué. Sin embargo, el versículo que te cité anteriormente contiene algo mucho mejor que podemos hacer: «El que ofrece sacrificio de acción de gracias me honra; y al que ordena bien su camino, le mostraré la salvación de Dios» (Sal. 50:23, LBLA). Hay una enorme cantidad de rutas tortuosas para aprender a conocer a Dios, pero hay algunos atajos. Y estoy aquí para sugerir que la gratitud es uno de esos atajos. Solo comienza a agradecer a Dios de antemano porque, independientemente de lo que suceda, ya sabes que Dios está a cargo. No navegas a la deriva en un mar de caos.

*Solo comienza a agradecer
a Dios de antemano
porque, independientemente
de lo que suceda, ya sabes
que Dios está a cargo.
No navegas a la deriva
en un mar de caos.*

Entonces, ¿de qué podemos estar agradecidos en medio del sufrimiento? Bueno, Dios sigue siendo amor; nada ha cambiado eso. Dios sigue siendo Dios. Él es soberano. Él tiene todo el mundo en Sus manos. Él sabía que mi esposo iba a tener cáncer ese día en particular o, más bien, que nos enteraríamos de eso ese día en particular. Desde antes de la fundación del mundo, Él lo sabía, así que a Él no lo tomó por sorpresa. El amor sigue deseando mi gozo. Siempre puedo agradecer a Dios por todas esas cosas. Esos son los hechos, junto con estas otras cosas horribles

*El amor sigue
deseando mi gozo.*

que nos resultan tan difíciles de afrontar. Esto prepara el camino para que Él nos pueda mostrar Su salvación.

Luego, cuando acudimos nuevamente al médico a causa del segundo sangrado, descubrimos que mi esposo tenía un segundo tipo de cáncer. Ambos problemas no estaban relacionados entre sí. Mientras caminábamos por el estacionamiento, mi esposo comenzó a citar el poema de Gray «Elegía escrita en un cementerio de aldea»: «El toque de campana dobla al caer la tarde...»¹⁷ y pude ver que él ya había asumido una perspectiva de desesperación total. Su primera esposa había muerto de cáncer. Su padre había muerto debido al tipo de cáncer que acababa de descubrir que tenía.

Durante el regreso oré para que Dios no me permitiera irrumpir en llanto, especialmente porque esa noche iba a cenar en casa de mi hermano, y pensé: *No puedo estar sentada allí en un mar de lágrimas*. Oré para que Él tomara mis ansiedades y temores, y para que me librara de convertir mis problemas en una profesión, lo cual fue una enseñanza que aprendí de la joven que tenía el niño con la anomalía grave del corazón. Ella expresó: «Me di cuenta de que podía convertir la enfermedad de mi hijo en una profesión. Comencé a orar para que Dios me librara de eso para poder servir a los demás». Esa lección había calado con profundidad en mi corazón. Estaba lejos de comprender cuán desesperadamente iba a necesitarla.

Entonces recordé una cancioncita china; no es que hable chino, sino que escuché que esta canción la cantaban los refugiados chinos en la Segunda Guerra Mundial. «No temeré; no temeré. Miraré hacia arriba, seguiré adelante

y no temeré». ¹⁸ Entonces Dios me recordó el Salmo 56:3, donde Él manifiesta: «En el día que temo, yo en ti confío». Y el Salmo 34:1 señala: «Bendeciré a Jehová en todo tiempo; Su alabanza estará de continuo en mi boca».

Esto es una obediencia voluntaria, consciente y deliberada, ¿no es así? Bendeciré al Señor independientemente de lo que suceda aquí porque existe ese otro nivel, esa otra perspectiva, una visión diferente. Las cosas visibles son transitorias; las invisibles son realmente permanentes. El diagnóstico del médico era un hecho. Tenía que creerlo. No obstante, la Palabra de Dios también era un hecho.

Las siguientes palabras las pude plasmar en mi diario, palabras que sin duda habría olvidado si no estuvieran escritas allí: «Bien y en paz todo el día». Esos eran mis sentimientos. Bien y en paz. ¿Tiene eso algún sentido desde cualquier otro punto de vista que no sea desde la perspectiva de la eternidad? Posiblemente no tenga sentido para nadie más. Por eso, lo que necesitamos no son explicaciones; es una persona. Necesitamos a Jesucristo, nuestro refugio, nuestra fortaleza, el baluarte de mi vida. Es a través de la desolación que comprendemos nuestra necesidad de Él.

*Necesitamos a Jesucristo,
nuestro refugio, nuestra
fortaleza, el baluarte
de mi vida. Es a través
de la desolación que
comprendemos nuestra
necesidad de Él.*

Piensa en los milagros que Jesús realizó y que aparecen en el Nuevo Testamento. Si repasaras todo el Nuevo Testamento e hicieras una lista de las situaciones en que se

encontraba la gente cuando Jesús llegó, verás que algunas de ellas eran relativamente triviales. Por ejemplo, el anfitrión avergonzado en la boda de Caná cuando se acabó el vino. Ahora, la gente en verdad no necesita vino con desesperación todo el tiempo. Supongo que en ese entonces era casi uno de los productos de primera necesidad, pero en una fiesta no deseas brindar por segunda vez, ¿verdad? Aun así, cuando el vino se agotó, el primer milagro que Jesús hizo fue proporcionar a los invitados no solo vino para una segunda ronda, sino un vino superior al que el anfitrión pudo servir en la primera ronda.

Si el vino no se hubiera acabado, la gente no habría estado preparada para reconocer a Jesús de la manera que lo reconoció. Jesús había estado enseñando a unas 5000 o 15 000 o 20 000 personas cuando los discípulos plantearon que toda esa gente necesitaba comida. Sin embargo, probablemente ellos podrían haber llegado a sus casas; no creo que se hubieran muerto de hambre entre la montaña y sus hogares. Era una cosa relativamente pequeña, pero se realizó un milagro y ocurrió en esa situación.

Entonces, ¿cuál es tu lugar de necesidad hoy? ¿Se ha acabado el vino? ¿Tienes hambre? ¿Es algo más grave que el hombre que había sido paralítico durante 38 años, la niña que había muerto, la viuda que había perdido a su único hijo, el ciego de nacimiento o la tormenta que se levantó y los discípulos pensaron que morirían? ¿Cuál es tu lugar de necesidad? ¿En qué parte de tu vida está Jesús poniendo Su dedo hoy? Tal vez haya una oración sin respuesta por la que llevas años golpeando a la puerta

de Dios y parece que Él no presta atención. Quizás haya un resentimiento profundo en tu corazón porque alguien te ha herido; alguien ha hecho algo que es imperdonable, humanamente hablando.

El perdón es para los daños reales. No es como decir «disculpa» cuando le pisas el pie a alguien por accidente. «Disculpa» es una cosa; pero «perdóname» es para los daños reales. Jesús entra en nuestras vidas en estos lugares de necesidad. Y, si lo reconocemos debido a nuestra necesidad, podemos recibir lo que sea que Él esté listo para ofrecernos, ya sea la gracia del perdón, la paciencia para esperar la respuesta a esa oración, sanidad o serenidad en medio de los peores momentos de tu vida. Sea lo que sea, puedes recibirlo y expresar: «Gracias, Señor».

Nunca le he agradecido a Dios por el cáncer. Nunca le he agradecido a Dios específicamente porque ciertos indígenas asesinaron a mi esposo. No creo que deba agradecer a Dios por el cáncer ni por el asesinato. Pero sí necesito agradecer a Dios porque, en medio de esa situación, el mundo todavía estaba en Sus manos. Me sostiene la mano de Aquel que mantiene a todas esas galaxias girando en el espacio. Las manos que fueron traspasadas en la cruz son las mismas manos que sostienen las siete estrellas; y son las manos que fueron puestas sobre el viejo Juan cuando estaba en la isla de Patmos y la voz que era como el sonido de muchas aguas le expresó: «No temas. YO SOY. Tengo las llaves».

Al comienzo de este capítulo, dije que iba a indicarles tres aspectos relevantes respecto a la gratitud en medio del sufrimiento y no creo que haya especificado cuál es el tercer

aspecto, aunque ya lo he mencionado. El primero fue que la gratitud y la aceptación distinguen al cristiano. El segundo fue que la gratitud honra a Dios. Y el tercer principio relevante respecto a la gratitud frente al sufrimiento proviene de la segunda mitad del mismo versículo al que me referí anteriormente, Salmo 50, versículo 23. «El que ofrece sacrificio de acción de gracias me honra; y al que ordena bien su camino, le mostraré la salvación de Dios» (LBLA). Prepara el camino. Es justamente en estas situaciones tan dolorosas (tener lo que no quieres, querer con todo tu corazón algo que no tienes) que la acción de gracias puede preparar el camino para que Dios nos muestre Su salvación.

Diez semanas después de la visita al consultorio médico, escribí en mi diario: «Uno menos, faltan 29. Ayer Ad tuvo su primer tratamiento con el betatrón. Tres minutos y medio bajo el ojo de una máquina del tamaño de un vagón de carga que hace el ruido de tres barcos a motor. Peligro, señales de alto voltaje en el pasillo, letrero de *Medicina nuclear* en la puerta, sistema de alarma. Esta mañana hay nieve en el suelo. Los pinos cerosos desnudos contra un cielo azul. La pequeña silueta irregular de McDuff (mi terrier escocés) corriendo en la nieve. Todas estas cosas simultáneas al betatrón y nosotros, nosotros mismos, sostenidos de la mano que sostenía las siete estrellas. La mano que ahora nos es impuesta con amor. Y Sus palabras amorosas: *No temas. No tengas miedo. Yo soy el que murió. Estoy vivo y tengo las llaves*».

Recuerda a Eliseo y a su sirviente sentados en la montaña; de repente, la montaña estaba llena de caballos y carros

de fuego a su alrededor. Ellos no habrían podido verlos excepto con los ojos de la fe. De manera similar, tú y yo no tenemos idea de las cosas que están sucediendo en el mundo invisible, excepto que sí tenemos una idea de que son para nuestra perfección, para nuestra realización, para nuestra bendición final.

Termino este capítulo con un versículo más de los Salmos, específicamente, el Salmo 55:22a: «Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará». Para asombro y deleite míos, descubrí que la palabra *carga* en hebreo es la misma palabra que se utiliza para *regalo*. Para mí, esta es una verdad transformadora. Si le doy gracias a Dios por eso que me está matando, puedo comenzar a verlo, de una manera débil y tenue, como un regalo. Puedo darme cuenta de que, a través de eso mismo que está tan lejos de ser lo que yo habría escogido para mi vida, es que Dios quiere enseñarme Su camino de salvación. Tomaré la copa de la salvación e invocaré el nombre del Señor. Yo diré: «Sí, Señor». Diré: «Gracias, Señor».



Es justamente en estas situaciones tan dolorosas (tener lo que no quieres, querer con todo tu corazón algo que no tienes) que la acción de gracias puede preparar el camino para que Dios nos muestre Su salvación.

